

DESCARTES

I. CONTEXTO HISTÓRICO, CULTURAL Y FILOSÓFICO DE LOS TEXTOS DE DESCARTES

CONTEXTO HISTÓRICO

Descartes (1596-1650) es un filósofo del siglo XVII. El contexto histórico en el que fue escrito el *Discurso del Método* es el Siglo de Oro francés.

El siglo XVII es un siglo de crisis y convulsiones que recoge los cambios acaecidos durante el Renacimiento y anticipa el siglo de la Ilustración. Las esperanzas del Renacimiento se transforman en desequilibrios y angustias en el siglo del Barroco. Europa, que sigue siendo esencialmente agrícola, sufre grandes hambrunas. Los antagonismos entre nobles y burgueses, señores y campesinos se agudizan. En todas partes la revuelta está a punto de estallar. Además de los conflictos derivados del desequilibrio económico y político, la religión ha introducido otra fuente de inestabilidad con la Reforma protestante y su contestación católica: la Contrarreforma.

Desde el punto de vista político, en Europa adquieren poder emergente Francia, Inglaterra y Holanda y comienzan a perderlo las naciones principales del Renacimiento: Italia y España. Es un tiempo de inestabilidad y frecuentes guerras entre los Estados europeos que rivalizan en su expansionismo colonial. Políticamente, Francia, al igual que el resto de las grandes naciones europeas de la época, se organiza como una Monarquía Absoluta, que llegará a su apogeo con Luis XIV y la identificación entre el monarca y el estado.

Entre las guerras de "religión" de esta época, la Guerra de los treinta años en la que participó Descartes fue un conflicto netamente político: los obstáculos que las estructuras feudales (agrícolas y estamentales) oponían al desarrollo burgués capitalista, hizo que la nobleza usurpara más tierras a los campesinos y volviera a instaurar la servidumbre. Esta situación, unida a las transformaciones capitalistas, generó tensiones entre la clase feudal dominante y los burgueses y campesinos. En esta guerra dos civilizaciones luchaban por imponerse: la feudal y católica apoyada por los Habsburgo, y la burguesa y protestante (Países Bajos y algunos Principados protestantes).

Desde el punto de vista socio-económico, en el siglo XVII se produjo un fuerte desarrollo de la burguesía vinculada al capitalismo mercantilista, favorecido a su vez por la expansión del comercio marítimo y colonial. No obstante, fueron frecuentes las hambres y epidemias, mientras que las monarquías absolutas sostuvieron cortes fastuosas y realizaron desorbitados gastos en actividades bélicas. Se van gestando las condiciones que darán lugar a la Revolución francesa.

Desde el punto de vista religioso, los problemas religiosos están íntimamente ligados al desarrollo de los Estados absolutos: los países protestantes de Europa necesitan una autoridad que dé estabilidad a la Reforma. Ello se logra dando al soberano la primacía sobre las nuevas Iglesias. Él concentrará todos los poderes y ejercerá un poder absoluto apoyado en unos pocos a los que concede privilegios, riquezas y honores.

Es también la época de la Contrarreforma -la respuesta católica a la Reforma protestante de Lutero-. La Inquisición, nacida en el siglo XIII y a la que se oponía ya el espíritu del Renacimiento que defendía la razón frente a toda intromisión de autoridad, vuelve a atacar de modo violento, por la fuerza, para mantener la pureza doctrinal. Fue una lucha contra la libertad de pensamiento que afectó especialmente a Descartes pues varias de sus obras debieron ser publicadas de forma anónima, entre ellas el "*Discurso del método*".

Los conflictos políticos y religiosos se manifiestan en el pensamiento social de la época. El absolutismo fue teorizado por Hobbes y Bossuet; el parlamentarismo lo fue por Locke. Pero la quiebra del sistema aristotélico-escolástico que dominó en el pensamiento filosófico medieval hizo que el conocimiento y su certeza se convirtieran en uno de los temas centrales de la filosofía. En este ambiente Descartes, buscando la salida de esta situación de crisis e inseguridad, crea una nueva actitud filosófica: el idealismo. Desde entonces el idealismo domina sobre todo el pensamiento moderno. El impulso y la dirección dados por Descartes a la filosofía llenan tres siglos de pensar humano.

CONTEXTO CULTURAL

Si desde el punto de vista histórico el tiempo de Descartes es el siglo XVII, desde el punto de vista cultural su tiempo es el **Barroco**.

Se conoce con el nombre de Barroco un período de la historia cultural de Occidente que abarcó desde 1600 hasta la mitad del siglo XVIII. El Barroco fue una consecuencia de las luchas religiosas que tuvieron lugar en Europa a causa de la Reforma protestante y la Contrarreforma católica. El enfrentamiento religioso provocó un cambio de mentalidad que afectó a todos los aspectos de la cultura, del arte y de la sociedad.

El Barroco significó el triunfo de los sentimientos exaltados. La serenidad y la fe en el ser humano que habían caracterizado el Renacimiento fueron sustituidas por una visión de la vida más mística, muy influida por la religión, y menos optimista. De hecho, podemos caracterizarla como una época cuyo tono general es pesimista. A este pesimismo contribuye en gran medida la confrontación teológica entre católicos y protestantes a la que ya nos hemos referido.

Un rasgo cultural interesante es el desarrollo de la imprenta, que fue inventada en el siglo anterior, el XVI. Este invento permite, entre otras cosas, que el ámbito de la cultura salga fuera de los círculos eclesiásticos (Monasterios, catedrales) haciéndose accesible a personas ajenas a la religión. De ahí también que el latín comience a no ser la lengua culta en exclusiva y se publiquen muchos libros en las lenguas nacionales. De hecho, el texto que estamos comentando fue una de las primeras obras escritas en francés.

Al igual que el arte renacentista, el arte barroco se basó en las formas clásicas. Sin embargo, los artistas barrocos pretendían representar la realidad sin idealizarla y exaltar los sentimientos del espectador. Para alcanzar estos objetivos realizaron obras llenas de movimiento, usando para ello líneas curvas y contrastes de luz y color. Además, el arte barroco se caracterizó por una abundante decoración.

La literatura vivió uno de sus momentos de mayor esplendor con figuras como Shakespeare y Milton en Inglaterra, Molière y Racine en Francia, Calderón de la Barca, Quevedo y Cervantes en España.

La música experimentó un desarrollo espectacular. Nació un nuevo estilo en el que destacaron Monteverdi, Bach, Haendel, Vivaldi, etc.

En la segunda mitad del siglo XVII, las instituciones públicas promovieron las investigaciones, gracias a lo cual el desarrollo científico se aceleró. La monarquía inglesa fundó la Royal Society e inauguró el observatorio de Greenwich. Por su parte, la monarquía francesa creó la Academia de las Ciencias.

Los nuevos métodos de investigación condujeron a grandes progresos en las ciencias y a numerosos descubrimientos: Neper inventó los logaritmos; Harvey demostró la circulación de la sangre; Pascal logró grandes avances en la geometría, Halley en astronomía y Boyle en química.

El surgimiento de la filosofía moderna, que se inicia con Descartes, está en conexión con el triunfo de la ciencia moderna. Galileo, Kepler y Newton asientan los pilares del edificio de la ciencia experimental

1. Galileo demostró la exactitud científica del heliocentrismo. También logró avances en el campo de la mecánica y enunció el principio de inercia.
2. Kepler formuló las leyes que rigen las órbitas de los planetas e introdujo el lenguaje matemático en la astronomía.
3. Newton sintetizó la obra de los anteriores y formuló la ley de gravitación universal, que explicaba el movimiento de todos los cuerpos del universo. También realizó investigaciones en óptica que le llevaron a formular la teoría general de la luz.

CONTEXTO FILOSÓFICO

El texto que debemos comentar pertenece al *Discurso del método*, obra de Descartes que, junto con las *Meditaciones metafísicas*, inaugura la filosofía moderna.

Para el surgimiento de la modernidad tendrá gran importancia la delimitación de los campos de la Razón y la Fe. Y, en esta línea, críticos de la tradición escolástica como Guillermo de Ockham reivindicaron la autonomía de la razón respecto a la fe: la razón no está ya al servicio de la fe, ni la fe necesita de la razón para esclarecer sus propios dictados. La **autonomía de la razón** con respecto a la fe se convierte en una independencia absoluta. En Descartes encontramos ya un pensamiento racional que se desenvuelve totalmente al margen de los dogmas de la fe y que, en este sentido, entronca con la **crítica a la tradición escolástica** iniciada a finales de la Edad Media.

Antes que nada debemos aclarar la relación de Descartes con la filosofía inmediatamente anterior: **la filosofía del Renacimiento**. Descartes representa el triunfo de las ideas renacentistas que consiguen con él la plena madurez intelectual y filosófica.

El Renacimiento es un época de crisis, crisis que tiene un doble aspecto: por un lado es una ruptura con el pasado y más en concreto, para el caso que nos ocupa, es una ruptura con el realismo aristotélico; y, por otro lado, es una búsqueda de un nuevo punto de apoyo para toda la nueva cultura que se está gestando. Pues bien, ambos aspectos se entremezclan en la filosofía cartesiana, pues es su ruptura y enfrentamiento con el realismo aristotélico anterior el que le lleva a inaugurar una nueva actitud filosófica: el idealismo.

El **realismo aristotélico** es la actitud natural y espontánea del hombre frente al objeto del conocimiento: consideramos que nuestras imágenes mentales, nuestras ideas son un fiel reflejo de la realidad extramental. El **idealismo**, en cambio, considera que el objeto inmediato del conocimiento son nuestras ideas o representaciones mentales, que pueden corresponderse o no con la realidad exterior. Tal correspondencia debe ser probada y demostrada. La crisis en la que se desvuelve la escolástica, y por tanto el realismo aristotélico, desde finales de la Edad Media obliga a Descartes a desarrollar un pensamiento dominado por la desconfianza, la cautela y la prudencia (duda metódica): no podemos dar por sentado que nuestras ideas se corresponden exactamente con las cosas.

Así es como Descartes es conducido por la coyuntura histórica misma a poner las bases del idealismo filosófico, una actitud insólita, difícil, y contraria a la actitud natural del hombre, que dominará en todo el pensamiento filosófico posterior.

Aunque la filosofía cartesiana tenga este carácter de ruptura e innovación respecto al pasado, podemos encontrar importantes **coincidencias de la filosofía cartesiana con algunas de estas tradiciones filosóficas anteriores:**

- 1. La actitud racionalista iniciada con Parménides y Platón:** El Racionalismo moderno es una corriente filosófica que se inicia en el s. XVII con Descartes. No obstante, el racionalismo, como actitud que valora especialmente la razón como origen y fuente del conocimiento, se remonta a Parménides y Platón. Éste último valoró el conocimiento de las Ideas, un conocimiento puramente racional, por encima de la mera percepción sensible, que no es auténtico conocimiento, sino mera doxa u opinión.

En Platón encontramos también un precedente de la teoría de las ideas innatas en su conocida teoría de la reminiscencia. Los racionalistas afirmarán que la razón posee una serie de contenidos o ideas que forman parte de ella por su propia naturaleza, que las posee desde siempre o que tiene la capacidad de formarlas y desarrollarlas espontáneamente. Estas son las ideas innatas. De la misma manera, Platón también sostuvo la existencia de cierto conocimiento que nuestra razón no deriva de la experiencia, sino que ya poseemos por haber contemplado las Ideas en una existencia anterior. Este conocimiento era la reminiscencia.

La valoración de las matemáticas como ciencia que, por su proceder puramente racional, constituye un modelo de conocimiento claro y exacto, es otro de los puntos de coincidencia entre Descartes y Platón. En el caso de Platón, el pensamiento matemático es un pensamiento discursivo (dianoia) que tiene por objeto las Ideas matemáticas, y es uno de los grados de conocimiento que distingue Platón dentro del ámbito inteligible. Descartes, por su parte, se inspira en la geometría y el álgebra para elaborar su método, y considera que entre todas las ciencias de su tiempo, sólo las matemáticas destacan por la claridad y evidencia de sus razonamientos.

- 2. También encontramos en Descartes elementos de la tradición escolástica y, a través de ella, de la filosofía de Aristóteles.** En efecto, fue Aristóteles el primero en caracterizar la sustancia como aquello que existe por sí mismo con independencia de los accidentes y, por ser subsistente, se considera la principal de todas las categorías. Esta distinción sustancia-accidentes fue aceptada por Tomás de Aquino y la escolástica. En Descartes hay resonancias importantes de la concepción escolástica de la sustancia, y la define destacando precisamente su autonomía e independencia: sustancia es aquello que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir. La sustancia, sus atributos y modos, será el tema fundamental de la metafísica racionalista.
- 3. La tradición agustiniana.** Dos son las cosas que Descartes comparte con la tradición agustiniana: la crítica al escepticismo y el argumento ontológico para la demostración de la existencia de Dios. Los escépticos niegan la posibilidad de alcanzar certeza alguna. Ante ello San Agustín replica afirmando la necesaria certeza de la propia existencia: aunque todos mis juicios fueran erróneos, no puedo dudar de mi propia existencia: al menos el juicio "si me engaño, existo" sería siempre verdadero. En esta crítica al escepticismo encontramos un precedente de la duda cartesiana que conducirá también a Descartes a afirmar como indudable la existencia de su yo pensante.

Si San Agustín se enfrenta al escepticismo desarrollado por la Academia nueva en el s. IV, Descartes hará lo mismo con el escepticismo de la escuela de Montaigne que surgió en el s. XVI. Y es que desde el Renacimiento, y como consecuencia de la quiebra del sistema aristotélico-ptolemaico, se produjo un ambiente de duda y escepticismo que preside toda la filosofía de esta época. El propio Descartes propone la duda como un paso previo a la aplicación de su método. No obstante, la duda cartesiana no es escéptica, sino metódica. Es decir, es una duda que no se queda en el mero dudar, sino que pretende conducirnos a una certeza absolutamente firme y segura.

La otra gran influencia en Descartes de la tradición agustiniana procede, en concreto de San Anselmo de Canterbury. S. Anselmo fue uno de los filósofos más relevantes de la tradición agustiniana, y es conocido principalmente por presentar una demostración de la existencia de Dios, conocida como "argumento ontológico". Descartes lo usa tanto en *Las Meditaciones Metafísicas*, concretamente en su Quinta Meditación, como en *El Discurso del método*, donde compara este argumento con los razonamientos geométricos en cuanto a su certeza, claridad y rigor.

Encontramos también en la filosofía cartesiana la influencia de determinadas ideas, actitudes y nuevas concepciones del mundo que se desarrollan en el mismo s XVII. En este sentido, debemos hacer referencia a la ciencia moderna, a la búsqueda de un método adecuado para la nueva ciencia y filosofía y al desarrollo de las dos grandes corrientes epistemológicas de la modernidad: el racionalismo y el empirismo.

1. La ciencia renacentista y moderna. Con los trabajos de Kepler, Galileo y Newton se va configurando una nueva visión del Universo que se caracteriza por su mecanicismo y matematicismo y que se opone y enfrenta a la antigua concepción teleológica del universo del sistema aristotélico-ptolemaico.

Se trata de una concepción mecanicista del Universo porque considera que los cuerpos se comportan como simples máquinas y que el universo material es tan sólo extensión y movimiento. Además, el movimiento se explica recurriendo tan sólo a causas eficientes y no a fuerzas ocultas ni fines que dirijan internamente esos movimientos.

Por su parte, la matematización del Universo se hace patente en la idea de Galileo de que la esencia de los fenómenos es cuantificable y expresable matemáticamente. Como afirma el propio Galileo "*el libro del universo está escrito en caracteres matemáticos*". Esta idea es fundamental para el desarrollo de la ciencia moderna. Por eso, al proponer el método científico para las ciencias experimentales Galileo combinará la observación y la razón matemática dando lugar al método hipotético-deductivo.

Pues bien, tanto el mecanicismo como la matematización del mundo material se hallan en Descartes. La física cartesiana es totalmente mecanicista y el método cartesiano está inspirado en el de las matemáticas.

2. Los intentos de encontrar un método que permitiera el descubrimiento de la verdad. A principios del s XVII encontramos las dos más grandes contribuciones a la metodología científica y filosófica: Francis Bacon publica en 1620 su "*Novum Organum*", donde nos presenta un método experimental basado en la inducción y El "*Discurso del Método*" de Descartes aparece en 1637. Ambos coinciden en señalar que la escasez de conocimientos auténticos logrados por la humanidad en tantos siglos se debía a la falta de un método seguro. La diferencia entre ambos está en que el método de Francis Bacon es un método inductivo que parte de la consideración y valoración de los datos de la experiencia, y el de Descartes es un método que se inspira fundamentalmente en el método matemático, el método de la geometría y el álgebra. Con la adopción del modelo matemático, los racionalistas lanzan un reto al escepticismo de finales del Renacimiento (Montaigne), y están convencidos de hacer de la metafísica un sistema coherente.

3. El Racionalismo. Los filósofos racionalistas se caracterizan por su absoluta confianza en la razón humana. Esta confianza se manifiesta en dos aspectos:

a) Los racionalistas afirman que la razón es la única fuente de conocimiento válido. La información que nos proporcionan los sentidos es, en cambio, confusa y no puede llamarse propiamente conocimiento. En este sentido, todo conocimiento se origina a partir de unas ideas evidentes que la razón posee por su propia naturaleza y que no derivan de la experiencia sensorial. Estas son las ideas innatas.

Esto supone una innovación respecto a la teoría del conocimiento anterior, pues en ella se consideraba que el conocimiento recaía directamente en las cosas o la realidad (realismo), mientras que para el racionalismo el objeto del conocimiento son primariamente las ideas (idealismo)

b) Para el racionalismo el ideal de conocimiento será el sistema deductivo, propio de las matemáticas: un sistema en el que, a partir de unas ideas o principios primeros, evidentes por sí mismos(las ideas innatas), se deducen las demás verdades.

Los racionalistas se inspiran, en este punto, en el éxito de Galileo al aplicar las matemáticas a la ciencia física. Los racionalistas comparten con él la idea de que la estructura de la realidad es de índole matemática y, por eso, el método que propondrán estará inspirado en el método matemático.

El iniciador del racionalismo es Descartes, y las otras dos figuras centrales de esta corriente del pensamiento son Spinoza y Leibniz. También en esta línea del pensamiento podemos situar el ocasionalismo de Malebranche. Pascal, en cambio, reaccionó desfavorablemente al racionalismo cartesiano.

4. El empirismo. El empirismo inglés es una corriente filosófica que se extiende a lo largo de los siglos XVII y XVIII y se suele considerar que se inicia con John Locke, aunque podemos encontrar ciertos precedentes en el nominalismo de Ockham y en el ya mencionado Francis Bacon.

En general, el empirismo es una corriente filosófica contrapuesta, en muchos aspectos, al racionalismo. Tal contraposición parece más clara si tenemos en cuenta que el racionalismo tomó como modelo de saber a las matemáticas, mientras que el empirismo prefirió las ciencias experimentales.

Las tesis fundamentales del empirismo se pueden resumir en los siguientes puntos:

El origen del conocimiento es la experiencia. Todo conocimiento o idea que se encuentre en la mente, procede de la experiencia. Esto implica la negación de las ideas innatas de los racionalistas.

El conocimiento humano tienen como límite la experiencia. Esta es otra diferencia con el racionalismo, pues la consecuencia filosófica de esta tesis es la negación de la metafísica entendida como conocimiento de lo que está más allá de la experiencia.

Todo conocimiento es conocimiento de ideas (idealismo). En esto coinciden los empiristas y los racionalistas: lo que la mente conoce de forma directa e inmediata son sus ideas y no los objetos o cosas reales. Tanto el racionalismo como el empirismo se ubican dentro del idealismo.

En conclusión, el empirismo propone un nuevo concepto de razón: una razón dependiente y limitada a la experiencia. Una razón que debe orientarse, no a cuestiones metafísicas, sino a objetivos más prácticos: psicología, política, moral. Y una razón que se convierte en razón crítica que examina sus propios límites y posibilidades, cosa que los racionalistas no consideraron, por su fe ciega en la razón.

II. CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS TEXTOS DENTRO DE LA OBRA DEL AUTOR

Los textos que debemos comentar pertenecen al *Discurso del Método* (Segunda y Cuarta partes) obra que se publicó en 1637 y apareció seguido de tres ensayos científicos: La *Dióptrica*, los *Meteoros* y la *Geometría*¹.

Posteriormente, en 1641 publicó las *Meditaciones Metafísicas*, fundamental para conocer el pensamiento de Descartes. Comprende seis meditaciones en las que va desarrollando ordenadamente todos los elementos de su pensamiento: duda metódica, primera verdad, pruebas de la existencia de Dios, criterio de certeza, existencia de las cosas corpóreas, etc.

En 1644 publica *Los principios de la Filosofía* que es una exposición más detallada y extensa de las cuestiones metafísicas contenidas en las *Meditaciones Metafísicas*.

Poco antes de morir, en 1649 apareció el tratado *Las pasiones del alma*. Después de la muerte de Descartes se publicaron: *El mundo o Tratado sobre la luz*, que contiene una cosmología² y *Las Reglas para la dirección del espíritu*, obra importantísima para el estudio del método cartesiano.

Pasamos ahora a exponer el contenido y significado del *Discurso del método*. Esta obra consta de seis partes:

- En la primera parte se sientan las bases de una nueva teoría del conocimiento y se indica la ruta que ha de seguir la ciencia al liberarse de la teología y de cualquier otro vínculo que le impidiera su constitución autónoma. En ella usa Descartes un estilo pseudo-biográfico, que veremos también en otras partes de la obra, y una prosa llana y sencilla que oculta la complejidad de las cuestiones tratadas y el sentido revolucionario de las ideas que propone.
- **En la segunda parte** (a la que pertenece uno de los textos seleccionados) encontramos las famosas cuatro reglas del método, precedidas por una crítica a la lógica clásica, y en particular al silogismo, que revela la ruptura de Descartes con la metodología tradicional.

1 En esta primera edición no aparecía el nombre del autor y es probablemente el miedo que tiene a la censura el que le hace publicar esta obra de forma anónima, aclarando insistentemente en el capítulo segundo, que sus intenciones no son otras que las de reformar su propio conocimiento y que desaconseja a todo el mundo que haga lo mismo.

2 Descartes iba a publicar esta obra en 1633, año en el que se conoció la condena de Galileo por haber sostenido el movimiento de la Tierra, circunstancia por la cual Descartes suspendió su publicación.

- En la tercera parte expone Descartes su “moral provisional”, que no volverá a exponer en ninguna obra posterior, pero a la que dedicará un buen número de Cartas.
- **En la cuarta parte** (también entre los textos seleccionados para su comentario) expone Descartes las ideas esenciales de su filosofía: cómo se llega a la primera verdad, como se extrae de ella el criterio de verdad, cuál es la naturaleza de nuestra alma y termina con la demostración de la existencia de Dios.
- En la quinta resume las cuestiones que contenía *el Mundo o Tratado sobre la luz*, que no publicó por la condena de Galileo, y expone la constitución y el movimiento del corazón y la diferencia que hay entre el alma humana y la de los animales.
- En la sexta y última parte nos dice el autor qué cosas juzga necesarias para proseguir en la investigación de la naturaleza y nos revela las razones que le impulsaron a escribir y publicar la presente obra.

III. LA NUEVA ACTITUD EPISTEMOLÓGICA INAUGURADA POR DESCARTES: EL IDEALISMO

3.1. El idealismo

El idealismo, actitud epistemológica inaugurada por Descartes, se origina a partir de la crisis del realismo aristotélico.

El Conocimiento es una relación entre un sujeto que realiza la acción de conocer y un objeto sobre el que recae esa acción. Pues bien, para el realismo, el objeto del conocimiento es principalmente el objeto real. Ciertamente, el realismo reconoce que lo que tengo en mi mente cuando estoy conociendo algo no es el propio objeto real, sino una imagen o representación de éste, pero supone, sin poner en cuestión, que esta representación es una copia fiel de las cosas reales. A partir de Descartes, la teoría del conocimiento da un giro adquiriendo conciencia de que nuestro conocimiento es una representación del objeto y que, por lo tanto, esa representación puede que no sea una copia fiel e idéntica de la realidad. El principal problema que acecha al idealismo es el solipsismo: el sujeto queda encerrado en su propia conciencia, contemplando sus propios contenidos conscientes y sin poder afirmar ninguna otra realidad ajena a su propia subjetividad. Descartes intentará escapar de este problema con la demostración de un ser sumamente perfecto y veraz(Dios), por el cual todo ha sido hecho, tanto mi propio yo, como las cosas corpóreas, y que será la garantía de que todo aquello que yo conciba con claridad y distinción sea verdadero y se corresponda con lo real.

3.2. La razón (o ingenio) y sus dos operaciones: intuición y deducción

La razón (también llamada, en ocasiones, ingenio por parte de Descartes) es una facultad del espíritu humano encargada del conocimiento verdadero. Por su actitud racionalista, Descartes la considera el origen del conocimiento válido.

Los principios de los que parte la razón en su actividad cognoscitiva no son, en absoluto derivados de la experiencia, sino que la razón los posee por su propia naturaleza: son las ideas innatas. Estas ideas se conocen por medio de la intuición, que es la primera operación del espíritu. La intuición consiste en la captación inmediata de una idea clara y distinta por parte de un espíritu atento.

A partir de estos primeros principios se derivan todas las demás verdades por medio de la deducción, que es la segunda operación del espíritu. La deducción no es más que una serie ordenada de evidencias.

IV. EL METODO CARTESIANO

4.1. Los orígenes del método: la lógica, la geometría y el álgebra

A pesar de sus defectos, la lógica, el análisis de los géometras antiguos y el álgebra constituyen las tres ciencias en que Descartes se inspira para establecer su método.

Por lo que se refiere a la lógica, su mayor defecto radica en que sus silogismos y reglas sirven más para explicar cosas ya sabidas que para descubrir otras nuevas. El silogismo es un tipo de argumento deductivo constituido por dos premisas y una conclusión. La llamada premisa mayor establece un principio general, la premisa menor se refiere al caso particular incluido en la premisa mayor, y la conclusión consiste en aplicar a este caso particular lo establecido en la premisa mayor.

Ejemplo:

Premisa mayor: "Todos los hombres son mortales"

Premisa menor: "Sócrates es hombre"

Conclusión: "Sócrates es mortal"

Pues bien, el silogismo es la herramienta principal de la lógica aristotélica y el defecto más grave de la lógica es, para Descartes, su incapacidad de invención. El silogismo no es un método que sirva para descubrir nuevas verdades, pues la verdad de las premisas contiene ya implícitamente la verdad de la conclusión.

Aristóteles desarrolló el razonamiento silogístico como parte central de su lógica. Posteriormente, en la baja edad media, la escolástica utilizó ampliamente la lógica silogística con la pretensión de ampliar el conocimiento. Sin embargo, los silogismos, como todos los razonamientos deductivos, sólo nos aseguran que la conclusión es coherente con las premisas y que si éstas son verdaderas, aquélla también lo será. De manera que la verdad de la conclusión está ligada y es dependiente de la verdad de las premisas y ello porque la conclusión no aporta más información de la que ya está dada en las premisas.

Descartes se formó en la filosofía escolástica y conoció a fondo la lógica aristotélica. Para él esta ciencia sólo es un instrumento que nos permite ordenar coherentemente el saber ya adquirido, pero no constituye un método para establecer nuevas verdades. De ahí que debemos combinar la deducción lógica, que encontraremos en el tercer precepto del método, con el análisis de la geometría, que constituye el segundo precepto del método y que, en opinión de Descartes es esencialmente un método de invención y descubrimiento.

En el siglo XIII Raimundo Lulio pretende crear una lógica nueva frente a la escolástica (seguidora de la lógica aristotélica). Esta nueva lógica debe ser un instrumento para alcanzar la verdad. Descartes considera que el arte de Lulio más que ayudar a alcanzar la verdad, habla sin juicio de cosas que ignora.

Descartes continúa su análisis de la lógica señalando el hecho de que contiene demasiados preceptos y reglas, sin distinguir los preceptos correctos de los inadecuados. Y afirma que es preferible tener pocos preceptos y tomar la resolución de no incumplirlos jamás, que aceptar muchos preceptos y olvidarse de cumplirlos. De ahí que Descartes en su método proponga tan sólo cuatro preceptos.

Sobre la geometría o análisis de los antiguos dirá Descartes que hace un uso excesivo de las figuras, lo que lleva a abusar de la imaginación, sin llegar a ejercitar el entendimiento (postura cercana a Platón). La geometría es una rama de las matemáticas que se ocupa de las propiedades del espacio: puntos, rectas, planos, polígonos, poliedros, curvas, superficies, etc. Una de las aportaciones más importantes que Descartes hizo a esta disciplina consistió en aplicarle los procedimientos propios del álgebra, fundando, de esta manera, una nueva rama de las matemáticas: la geometría analítica.

Del álgebra dirá que, por su abstracción, es un arte complicado, oscuro y confuso que, en vez de favorecer el desarrollo del ingenio (inteligencia), puede crear más confusión. El álgebra es la rama de las matemáticas que estudia las estructuras, relaciones y cantidades. A diferencia de la Aritmética, en la que se usan números y operaciones aritméticas (como +, -, x, :), en Álgebra los números son representados por símbolos (a, b, x, y), lo cual resulta útil para formular leyes generales de la aritmética, estudiar las propiedades de los números reales, hacer referencia a números desconocidos, formular y resolver ecuaciones etc.

Pero, de cualquier forma, tomando de esas tres ciencias sus ventajas y excluyendo sus defectos, formula Descartes sus cuatro preceptos del método.

4.2. Definición de método y los cuatro preceptos del mismo.

El método lo encontramos expuesto en el "Discurso del método", y en las "Reglas para la dirección del espíritu".

¿Qué es el método? Por método entiendo, dice Descartes, "una serie de reglas ciertas y fáciles, tales que todo aquel que las observe exactamente no tome nunca algo falso por verdadero, y, sin gasto alguno de esfuerzo mental, sino por incrementar su conocimiento paso a paso, llegue a una verdadera comprensión de todas aquellas cosas que no sobrepasen su capacidad".

- 1. En el primer precepto. Descartes establece como criterio de verdad la evidencia. Y aduce como notas de la evidencia, la claridad y la distinción.**

Es decir, una idea es verdadera si es evidente, y será evidente si es clara y distinta. Ahora bien, ¿en qué consiste la claridad y la distinción?

"Claro llamo a aquella percepción (en el sentido de "perceptio", contenido consciente de conocimiento) que está presente y manifiesta al espíritu atento.... Y llamo distinta a aquella que, siendo clara, de tal modo está separada y recortada de todas las otras, que no contiene en sí nada más que lo que es claro".

- **La claridad** se refiere al contenido intrínseco de la verdad o idea en sí misma. Para que dicho contenido sea claro, se le exige la presencia actual al entendimiento y una apertura o diafanidad ante el mismo.
- **La distinción** hace referencia a las otras ideas o verdades que constituyen el contorno de la verdad o idea en cuestión (la que calificamos como distinta). Para que una idea sea distinta ha de presentársenos con una total separación respecto de todos los conocimientos o ideas que constituyen su contorno.

En las *Reglas para la dirección del espíritu* Descartes llama a estas ideas claras y distintas (y, por ello verdaderas) naturalezas simples.

Hay que evitar dos vicios fundamentales en la búsqueda de la verdad:

- La precipitación: tomar por verdadero lo que no lo es. Es decir, tomar por verdaderas ideas oscuras y confusas.
- Y la prevención: negarse a aceptar la verdad de lo que sí lo es. Es decir, negarse a aceptar la verdad de una idea a pesar de ser clara y distinta.

Ahora bien, ¿cómo alcanza la mente esas ideas evidentes?, la aprehensión de éstas tiene lugar mediante la intuición, que es la primera operación del espíritu. Descartes define la intuición como "la concepción que aparece tan sin esfuerzo y tan distintamente en una mente atenta y no nublada, que quedamos completamente libres de duda en cuanto al objeto de nuestra comprensión. O, lo que es lo mismo, la intuición es la concepción libre de dudas, de una mente atenta y no nublada, que brota de la luz de la sola razón" (*Reglas para la dirección del espíritu*, III).

La intuición es pues el elemento básico del conocimiento; no puede ser mal hecha por el hombre. La característica principal de la intuición es la sencillez, que va asociada en Descartes a la claridad y distinción de lo conocido. La intuición establece, necesariamente, una relación directa con el objeto, de tal manera que debe destacarse su carácter de inmediatez.

2. El segundo precepto del método alude al proceso que la mente debe seguir para llegar a las naturalezas simples: el análisis.

El análisis consiste en dividir o descomponer los conocimientos complejos en sus partes simples, hasta llegar a los elementos más simples, aprehensibles por la intuición. Estas naturalezas simples o ideas claras y distintas son los principios a partir de los cuales se despliega todo el conocimiento. Y así lo pone de relieve el tercer precepto del método.

Este procedimiento se encuentra aplicado de forma clara y eficaz en el análisis de los antiguos (los geómetras). Según Euclides, el análisis consiste en admitir aquello mismo que se trata de demostrar y, partiendo de ahí, reducir, por medio de consecuencias, la tesis a otras proposiciones ya conocidas. Como se ve, al análisis es esencialmente un método de invención, de descubrimiento. Esto es principalmente lo que buscaba Descartes y será el punto de partida de su nuevo método.

3. El tercer precepto consiste en conducir ordenadamente los conocimientos, ascendiendo gradualmente, desde los más simples hasta los más complejos. Este proceso es el de la síntesis.

En este proceso tiene lugar la segunda operación fundamental del espíritu: la deducción. En las reglas para la dirección del espíritu (III), entiende Descartes por deducción: "toda inferencia necesaria a partir de otros hechos que son conocidos con certeza". Es, pues, una sucesión ordenada de evidencias. En el proceso deductivo no sólo reconstruimos lo complejo a partir de sus elementos simples y verdaderos, sino que ampliamos nuestros conocimientos con nuevas verdades: de lo conocido (los elementos simples) accedemos a lo desconocido mediante un proceso ordenado y riguroso de concatenación de ideas.

Distinguimos la intuición de la deducción en que en esta se concibe un movimiento o cierta sucesión y en aquélla no, ya que la deducción no necesita como la intuición una evidencia presente, sino que, en cierto modo, la pide prestada a la memoria. En definitiva, la intuición nos ofrece el conocimiento de los principios y la deducción el de las consecuencias lejanas, a las que no se puede llegar de otro modo.

4. El cuarto precepto representa la comprobación del análisis y de la síntesis; del análisis mediante el recuento o la enumeración; y de la síntesis, mediante la revisión.

Las dos primeras reglas conforman lo que se ha dado en llamar la parte analítica del método; y las dos segundas la parte sintética. El método estaría compuesto así por dos operaciones básicas: el análisis y la síntesis. Por lo que respecta al análisis, representaría lo que podríamos llamar un "ars inveniendi", es decir, instrumento apto para el descubrimiento y la investigación que nos permitiría separar lo accidental, y establecer la primacía de lo simple (reglas V y VI). La síntesis sería un "ars demonstrandi", es decir, una forma de conocimiento útil para exponer, explicar, o enseñar lo que hemos conocido a través de la investigación o del descubrimiento, ordenando el saber como un sistema.

4.3. Las características y La finalidad del método: dirigir bien la razón

Las características propias de este método serían el orden, la simplicidad, y el matematismo.

- El orden está asociado a la capacidad de descomponer y simplificar propias de la razón. Como bien dice Descartes, este método le permite usar en todo la razón de la mejor manera posible.
- La simplicidad se convierte en el hilo conductor del método, no siendo susceptible de definición, es indubitable, por lo que se convierte en garantía de verdad, es objeto de intuición, y representa el carácter absoluto del saber.
- El matematismo queda claro en todo el método, pues Descartes lo elabora de acuerdo con el que utilizan los matemáticos en sus investigaciones. Y ello, porque lo que hace verdaderos los conocimientos matemáticos es precisamente el método utilizado.

En el propio texto a comentar, especifica Descartes cómo los razonamientos de la geometría ("Las largas cadenas de razones simples y fáciles, por medio de las cuales generalmente los geómetras llegan a alcanzar las demostraciones más difíciles") le llevaron a suponer que todo el conocimiento humano se entrelaza de igual forma y que, siguiendo el mismo método deductivo, podríamos llegar a conocer todo aquello de lo que seamos capaces. No es que las matemáticas sean un tipo de saber distinto del resto de los saberes, pues si la razón es única, el saber es único, y debe haber un único método para alcanzar la sabiduría. Es sencillamente que los matemáticos son los que han descubierto, en primer lugar, el método correcto para dirigir bien la razón, por eso debe constituirse en el modelo a seguir por el resto de las ciencias.

Es en esta época (1618-1619) cuando Descartes concibe la idea de un saber o de una ciencia universal, la "Mathesis universalis" (Regla I). Descartes mantiene la tesis del carácter unitario del saber; el edificio del saber es un todo orgánico; la metafísica (Filosofía) constituye los cimientos del mismo, es como las raíces de un árbol, de ella depende la física o filosofía natural (el tronco) y, por último, las ciencias particulares (las ramas), medicina, mecánica y moral, están en una relación de dependencia respecto de la filosofía natural.

Este carácter unitario del saber tiene su fundamento en el carácter unitario de la razón: al ser la razón única, el saber también debe serlo. Pero si la razón es única ¿a qué se debe que haya diversidad de opiniones? ¿por qué en filosofía se dan opiniones contradictorias?. El problema para Descartes está en que esta razón única no es bien dirigida. Por eso, es necesario un método, mediante el cual guiar bien la razón. Sólo así es posible aumentar los conocimientos y progresar en la investigación de la verdad.

Una vez descubierto el método, Descartes considera que debe iniciar su estudio por lo más simple y lo más fácil de conocer: lo estudiado por los matemáticos, pues sólo los matemáticos han alcanzado alguna certeza y evidencia a través de sus razonamientos.

Descartes afirma que de las matemáticas le interesa su forma de investigación en general, más que las ciencias particulares que la constituyen. Aunque los objetos de la geometría (figuras) y los del álgebra (cifras, relaciones...) sean distintos, ambas emplean el mismo método para descubrir proporciones y relaciones entre esos objetos. Por eso, Descartes considera más interesante estudiar esas proporciones y relaciones en general que estudiarlas referidas a los objetos concretos de la geometría y el álgebra.

Después afirma que en los casos en los que necesitaba estudiar algún caso particular de esas proporciones, recurría a la geometría, pues la geometría la ejemplifica muy bien al hacer uso de imágenes sensibles (las representa con mayor distinción ante la imaginación y los sentidos). Pero en aquellos casos en los que debía tener en cuenta varias proporciones o relaciones a la vez, prefería recurrir al álgebra y representarlas, no mediante imágenes geométricas, sino mediante cifras lo más breves posibles. De esta manera Descartes pretende recoger lo mejor de las dos disciplinas matemáticas. Esto es lo que hizo al desarrollar **la geometría analítica**, una rama de

las matemáticas en la que los problemas geométricos se resuelven mediante procedimientos algebraicos.

Así Descartes afirma que comenzó aplicando los cuatro preceptos de su método a la resolución de las cuestiones planteadas por estas dos ciencias y el resultado fue altamente satisfactorio, pues consiguió resolver cuestiones que antes consideraba de gran dificultad, así como determinar cómo era posible alcanzar soluciones de lo que ignoraba. No hay más que un conocimiento verdadero de cada cosa y aquél que lo posee conoce cuanto se puede saber de esa cosa.³

La práctica del método, nos dice Descartes, habitúa nuestro ingenio progresivamente a concebir de forma más clara y distinta sus objetos y como no está limitado a materia alguna en particular, se puede aplicar con igual utilidad a dificultades propias de otras ciencias, al igual que se ha hecho con las del Álgebra.

Ahora bien, Descartes considera a la Metafísica (Filosofía) como los cimientos de todo el edificio del saber, es decir, todos los principios del saber humano están tomados de la filosofía. Pero en la filosofía no encontramos nada cierto, en ella todo es objeto de disputas y dudoso. Y este carácter confuso y dudoso afecta también a las restantes ciencias, al apoyarse todas ellas en la filosofía.

Esta desconfianza hacia la filosofía hace que el objetivo más inmediato de Descartes sea el de sanear los cimientos o las raíces del edificio del saber. Se trata de no admitir ninguna opinión como verdadera sin antes ajustarla a las exigencias de la razón. Así, Descartes rechaza toda autoridad y decide confiar sólo en la razón. Y no se trata tanto de descubrir nuevas verdades, cuanto de establecer verdades ciertas, que puede que no sean distintas de las ya admitidas, pero que han de ser redescubiertas como verdaderas y fundamentadas en la razón.

Al logro de este objetivo -reconstruir el sistema del saber sobre fundamentos sólidos y hacer del saber un sistema orgánico de verdades ciertas, mediante el sólo instrumento de la razón- responde el método de Descartes.

V. LA DUDA METÓDICA

5.1. Funciones de la duda

La gnoseología (teoría del conocimiento) cartesiana es una gnoseología de certezas absolutas (pretensión típicamente racionalista). Ahora bien, una certeza será absoluta cuando no se vea afectada ni por la más insignificante duda. Es aquí donde radica la importancia radical de la duda. La duda no es una cuestión de mero trámite y es preciso detenernos en ella, analizar todos los motivos que nos llevan a dudar de un conocimiento, porque es el camino que mejor nos lleva a la certeza.

¿Por qué tiene la duda esta enorme importancia? porque son también importantes las funciones que se le asignan:

1ª función de la duda. Podemos llamarla función de "desescombros gnoseológico". Se trata de barrer provisionalmente de nuestra mente todas las conocimientos que pretenden ser ciertos, pero no resisten el análisis de la razón. Es decir, debemos comenzar dudando de todo. Pero no debemos detenernos en la duda, pues el objetivo del pensamiento lo constituye la certeza absoluta. ¿De dónde obtendremos esta certeza? De la propia duda, y es ésta su segunda función.

2ª función de la duda. La duda no es sólo un paso obligado para llegar a la certeza absoluta, sino que es ella misma fuente de la certeza. Por eso debemos ser muy exigentes con la duda, pues para ser fuente de una certeza absoluta, la duda ha de ser también absoluta y nada debe sustraerse a ella. Una duda llevada a tal extremo es una duda que supera incluso a la escéptica.

Las diferencias entre la duda cartesiana y la duda escéptica son las siguientes:

- La duda escéptica es una duda real, es decir, se duda de todo y tal es el estado crítico definitivo para los escépticos. En cambio, la duda cartesiana es una duda metódica, es decir, una duda de la que me valgo como un instrumento para la obtención de certezas.
- La duda escéptica se puede caracterizar como un estado de vacilación en el que no podemos afirmar de ningún conocimiento que sea verdadero, pero tampoco podemos decir que sea falso. La radicalidad de la duda cartesiana, sin embargo, es tal que deja de ser pura duda; de tal forma que Descartes nos dirá que va a tener por falsos (provisionalmente) todos aquellos conocimientos en los que haya el menor motivo de duda.

³ Por ejemplo, un niño instruido en aritmética, habiendo realizado una suma según las reglas pertinentes puede estar seguro de haber alcanzado todo aquello de que es capaz el ingenio humano en lo relacionado con la suma que él examina.

5.2. El proceso de la duda (razones para dudar de todas las cosas)

Haremos la exposición del proceso de duda tal como aparece en el *Discurso del Método*, pero tendremos que hacer referencia a las *Meditaciones metafísicas*, pues en ésta obra se desarrolla la duda metódica en toda su universalidad y radicalidad. En el proceso de la duda cartesiana hay varios niveles de progresiva amplitud:

1. La duda acerca de los conocimientos que nos proporcionan los sentidos.

Los sentidos, dice Descartes, nos engañan a veces, y, por tanto, cabe pensar que nos engañan siempre; pues, no es prudente fiarse nunca más de quien nos ha engañado una vez.

Pero ¿hasta dónde nos permiten dudar los sentidos?. Los sentidos pueden engañarnos en lo tocante a cosas mal perceptibles y remotas; pero ¿pueden engañarnos también en lo tocante a percepciones presentes, por ejemplo, que estoy aquí sentado escribiendo; que estas manos y este cuerpo son míos?. En este momento Descartes expone su segundo motivo de duda.

2. La dificultad de distinguir con claridad el sueño de la vigilia.

Puesto que algunas veces, mientras dormimos, tenemos representaciones semejantes a las que tenemos cuando estamos despiertos, cabe pensar que tal vez estemos dormidos, y que incluso las percepciones que parecen más manifiestas, por ejemplo que abro los ojos, que muevo la cabeza, no sean más que mentirosas ilusiones.

Pero ¿hasta dónde se extiende este segundo momento de la duda?. Tal vez las cosas no sean como las percibimos, tal vez nos engañemos respecto de nuestras percepciones; pero, las cosas mismas, por ejemplo, ojos, cabeza, manos cuerpo, ¿no existen?. Más aun, suponiendo que todas esas cosas sean imaginarias, ¿pueden negarse también que existan otras cosas más simples, como la extensión, la figura, la cantidad, el número, el lugar, el tiempo, las cuales constituyen el objeto de la física, la astronomía y demás ciencias?. En efecto, el segundo momento de la duda pone en entredicho desde las percepciones más presentes hasta las nociones mismas de las ciencias. Lo único que queda a salvo son las verdades de las matemáticas; pues duerma yo o esté despierto, dos más tres serán siempre cinco y un cuadrado tendrá siempre cuatro lados. Y aquí aparece ahora el tercer motivo de duda.

3. La duda acerca de las verdades matemáticas.

Descartes observa que hay hombres que se equivocan incluso en cuestiones muy simples de geometría y cometen en ellas paralogismo⁴. Dado que también estamos expuestos a cometer errores, al igual que ellos, deberemos dudar de todas estas demostraciones matemáticas y considerarlas provisionalmente como falsas.

El proceso de duda, tal como se expone en el *Discurso del método* acaba aquí. Los restantes motivos de duda se encuentran desarrollados en las *Meditaciones Metafísicas*.

4. La hipótesis del Deus deceptor.

Poseemos una vieja opinión de que existe un Dios que lo puede todo y por el cual he sido creado tal cual existo. ¿Por dónde me consta, frente a su omnipotencia, que no me engaño cuando afirmo que dos y dos son cuatro?. A este nivel ya no quedan a salvo ni siquiera las verdades matemáticas más elementales.

La duda ha alcanzado ya en este nivel la universalidad (dudamos de todo) sin embargo, parece que Descartes no se sentía muy satisfecho con la hipótesis del Deus deceptor y buscó otro motivo que le sirviera para sustentar una duda universal.

5. La duda hiperbólica. La hipótesis del genio maligno

Aquí tomamos como hipótesis a un genio maligno, sumamente poderoso y astuto y que ha puesto toda su habilidad en engañarnos. Frente a esta hipótesis sólo podemos obstinarnos en no admitir nada como cierto, para que el genio maligno no pueda salirse con la suya engañándome. Esta hipótesis no es un simple juego y debemos captar su sentido profundo: Es la expresión rigurosa del punto de vista idealista adoptado por Descartes.

En efecto, según el idealismo, el objeto inmediato de mi pensamiento son las ideas o representaciones mentales y no puedo saber si estos contenidos de mi pensamiento se corresponden o no con los objetos reales, por eso, todos ellos se vuelven dudosos. La hipótesis del genio maligno viene a destacar este carácter dudoso de todos los contenidos del pensamiento. Lo único indudable veremos que será el hecho de que yo los pienso y que si los pienso, debo existir. Esta es la única verdad que resiste a la duda hiperbólica. Todos los contenidos del pensamiento, para poder ser afirmados como verdaderos necesitarán de una garantía ajena o externa al propio pensamiento: la existencia de Dios.

4 Un paralogismo es un argumento mal construido.

En conclusión: no hay ningún conocimiento, idea o creencia que sea absolutamente cierta. Con esto hemos dejado limpia la mente para emprender el camino de la certeza.

VI. LA PRIMERA VERDAD ; EL COGITO. LA NATURALEZA DEL YO PENSANTE.

6.1. De la duda a la primera certeza

La duda cartesiana no desemboca en el escepticismo, sino que del hecho mismo de dudar surge la primera certeza. En efecto, si duda de todo, al menos es cierto que duda, es decir, que piensa. Y si piensa, existe en tanto que ser pensante. Es el famoso "*pienso, luego soy*" (Cogito, ergo sum), que da a Descartes no sólo una primera certeza indudable, sino también el punto de arranque de toda su filosofía.

Pero, ¿es tal proposición verdadera y absolutamente indudable?. Evidentemente lo es: cuando quiero dudar de la verdad de tal proposición, lo único que consigo es confirmar su verdad, pues si dudo, pienso, y no puedo pensar sin ser. Ni siquiera el genio maligno podría engañarme, ya que para que pueda engañarme mientras pienso, tengo que existir. Por tanto, la duda sólo puede alcanzar al contenido del pensamiento, pero no al pensamiento mismo. Puedo dudar de la existencia de lo que veo, imagino o pienso, pero no puedo dudar que lo estoy pensando y que, para pensarlo, tengo que existir.

Observemos que, aunque parezca que deducimos nuestra propia existencia del pensamiento ("Pienso, luego soy"), la operación aquí realizada no es, en absoluto, una deducción sino una intuición directa e inmediata⁵.

También se ha objetado que no es necesario afirmar el pensamiento para alcanzar la existencia, sino que bastaba cualquier otra actividad. "Camino, luego soy" o "Respiro, luego soy" podrían ser tan ciertas como el cogito cartesiano. Esta objeción se olvida de que la duda cartesiana alcanza a todo lo corpóreo y que el caminar o el respirar son cosas que pueden ponerse en duda (puedo estar soñando que camino o respiro). No sucede lo mismo con el pensar, pues para dudar, para engañarme, o para creer que estoy caminando, debo siempre pensar. No puedo eliminar el pensar sin contradecirme. Y al estar seguro de que pienso, estoy también seguro de que existo, en cuanto ser pensante.

6.2. La naturaleza del cogito (yo pensante) cartesiano

Ya sé que soy - dirá Descartes -, pero ¿qué soy?. Descartes no puede definirse como cuerpo, ni como algo que derive de él, ya que, de momento, está persuadido de que nada corpóreo existe; el único material del que dispone es el pensamiento.

Por eso, a la pregunta ¿qué soy?, responde Descartes : yo soy una cosa que piensa. Si analizamos esta respuesta con atención notaremos que se ha pasado de una verdad cierta e indudable (la existencia del pensamiento como actividad) a algo que no se sabe de dónde se ha extraído: la cosa que piensa, el sujeto pensante. La introducción del concepto "cosa" o "sujeto" en un momento tan delicado y riguroso parece ser la consecuencia de un prejuicio sustancialista que da por supuesto que no pueda haber una actividad o cualidad sin que haya un ente sustancial que la sostenga.

Ahora podemos preguntarnos: ¿qué entiende Descartes por "una cosa que piensa"?; pues es "una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, y también, imagina y siente". Como se ve, el término pensamiento no tiene en Descartes el sentido restringido que tiene en la actualidad - como actividad exclusiva del entendimiento - sino que incluye la vida sentimental emocional y volitiva. En una palabra, son pensamientos todos los actos conscientes.

6.3. Consecuencias de la primera verdad

Son dos las consecuencias que extrae Descartes inmediatamente de su primera verdad:

- 1. El dualismo alma-cuerpo.** El yo, afirma Descartes es una sustancia cuya esencia o naturaleza es pensar y tal sustancia, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de cosa alguna material. En el texto que debemos comentar esto se demuestra con la siguiente argumentación: si el yo fuese el cuerpo, ambos deberían tener las mismas propiedades. Sin embargo ambos se diferencian en algo fundamental: es posible pensar o fingir que el cuerpo no existe, sin caer por ello en una contradicción, pero es imposible

⁵ Algunos intérpretes toman la proposición "Cogito, ergo sum" como la conclusión de un silogismo que tendría como premisa mayor "Todas las cosas que piensan existen", como premisa menor "pienso", y como conclusión "existo". Pero en este caso, "pienso, luego soy" no sería la primera certeza, y desde luego Descartes no cometió este error fundamental.

pensar o fingir que yo no existo, pues cada vez que lo pienso o lo finjo necesariamente tengo que existir. Inversamente, si dejo de pensar, si dejo de ser consciente durante un tiempo, aunque todo lo que pudiera imaginar hubiera sido verdadero, no tendría razón alguna para afirmar mi propia existencia. Por tanto, concluye Descartes, el yo, el alma, en virtud de la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, no dejaría de ser todo lo que es.

- 2. El criterio de certeza; la claridad y la distinción.** Al hallar la primera verdad, Descartes descubre al mismo tiempo lo que se requiere para estar cierto de algo, es decir, descubre el criterio general de certeza. En efecto, ¿Qué es lo que hace que ese primer conocimiento sea cierto? : la claridad y la distinción con que lo percibo. Por eso Descartes establece como regla general que todo cuanto se presente con igual claridad y distinción será verdadero; he aquí el criterio general de certeza.

6.4. Los contenidos del cógito

Dado que la primera verdad es la existencia del propio yo, de la conciencia, en el análisis del conocimiento, deberemos comenzar por los contenidos inmediatos de nuestra conciencia. Y dentro de éstos nos interesan especialmente las ideas, que son aquellos contenidos de nuestra conciencia que son como imágenes de las cosas.

¿Qué entiende Descartes por "idea"? Las ideas son formas⁶ de pensamiento, mediante cuya percepción inmediata tomo conciencia de ese pensamiento. Lo que diferencia a las ideas de cualquier otro contenido de nuestra conciencia es que son como imágenes de las cosas, es decir representan algo, tienen un contenido representativo. A este contenido representativo se lo denomina "Realidad objetiva de la idea". Por ejemplo, la realidad objetiva de la idea de perro, lo que esta idea nos representa, es un animal, mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, de olfato fino y leal al hombre.

Por otro lado, Descartes utiliza la expresión "realidad formal" para referirse a la realidad de las cosas u objetos, por ejemplo un perro concreto es una realidad formal, un árbol, una ciudad, son realidades formales. Pero también las propias ideas son realidades formales pues Descartes también las considera "cosas reales" sólo que de naturaleza espiritual, no material.

Las características fundamentales de las ideas son, pues, las siguientes:

- Son reales, tienen una realidad formal. Para Descartes cada idea es una cierta res, una cierta cosa. La idea es una "res cogitata", una cosa pensada.
- La realidad formal de las ideas consiste en ser formas o modos del pensamiento, percibidas inmediatamente y que tienen valor representativo, tienen un contenido, representan algo.
- Cada idea se diferencia de las demás en su contenido concreto, en aquello que representan. A este contenido representativo se lo denomina "realidad objetiva" de la idea.

Hay tres clases de ideas:

- 1. Ideas adventicias:** son aquellas que parecen provenir de nuestra experiencia exterior (las ideas de hombre, de árbol, de los colores etc.)
- 2. Ideas facticias:** son aquellas ideas que construye la mente a partir de otras ideas (p.e. la idea de un caballo con alas).
- 3. Ideas innatas:** son las que posee el pensamiento por su propia naturaleza. Ideas innatas son, p.e., las ideas de pensamiento y la de existencia, que ni son construidas por mí, ni proceden de experiencia externa alguna, sino que me las encuentro en la percepción misma del "pienso, luego existo". También la idea del ser perfecto (Dios) es, según Descartes, innata.

Concluye aquí la primera etapa de la filosofía cartesiana (demostración de la propia existencia, derivación del criterio de verdad: evidencia, claridad y distinción, y afirmación de que somos una cosa que piensa).

Para evitar caer en un solipsismo, Descartes deberá ahora probar que existe algo más aparte del propio yo. Para ello es preciso invalidar todos los motivos de duda, y esto, a su vez, sólo podrá

⁶ Aquí la palabra clave es "forma". Este término tiene una clara progenie aristotélica y escolástica. En el plano ontológico la forma era un elemento constitutivo esencial de las sustancias, el otro elemento era la materia. Pues bien, según Aristóteles la materia era por sí indeterminada, y era la forma el elemento que determinaba a la materia para ser materia de esto y no de otra cosa. En Descartes, la forma conserva, en cierta manera, ese carácter determinativo. El pensamiento, la conciencia, puede tener distintas formas: actos de la voluntad, afirmaciones, negaciones, dudas ..., y, por supuesto, también ideas. Todas estas formas son las que hacen que el pensamiento o la conciencia se configuren de una manera o de otra.

hacerlo demostrando que Dios existe y que no es engañoso (no es un Deus deceptor). Puesto que la duda metódica ha convertido el mundo en algo problemático, Descartes no podrá demostrar la existencia de Dios a partir de la existencia del mundo. Por tanto, el único material con el que cuenta para comenzar esta segunda etapa de su filosofía es la existencia de su propio yo y de sus ideas.

VII.LA EXISTENCIA DE DIOS Y SU VERACIDAD

Descartes presenta tres pruebas de la existencia de Dios:

1. Prueba de la existencia de Dios por la presencia en mí de la idea de infinito.
2. Prueba de la existencia de Dios como causa de mi existencia
3. Argumento ontológico.

7.1. Prueba de la existencia de Dios a partir de la idea de Ser perfecto (infinito).

Esta demostración de la existencia de Dios se apoya en la teoría de la realidad objetiva de las ideas que intenta explicar cuál es la causa de la realidad objetiva que contienen las ideas y, para ello, Descartes se basa en dos principios: algo no puede proceder de la nada y la causa de algo debe ser tan perfecta o más que el efecto (es decir, la causa debe contener al menos tanta realidad como el efecto).

De aquí se deduce que la causa de la realidad objetiva de una idea (causa de su contenido representativo) debe ser una realidad formal (una cosa u objeto real) tan perfecta o más que la realidad objetiva contenida en esa idea.

Y según esto, en caso de que encontremos una idea cuya realidad objetiva no pueda ser justificada o explicada desde el propio yo, entonces tendremos que admitir la existencia de alguna otra cosa cuya realidad formal sea equiparable a la realidad objetiva contenida en esa idea.

Hasta el momento sólo sé que existo yo y los contenidos de mi conciencia. Entre éstos se encuentran, aparte de la idea de yo (idea privilegiada pues es la primera verdad indudable), las ideas de cosas corpóreas y también la idea de Dios.

Si examino las ideas de cosas corpóreas, es decir, de seres que se suponen que existen fuera de mí (el cielo, la tierra, la luz, el calor y otros mil), dirá Descartes que, no tengo dificultad en adjudicarles una posible causa: como ninguna de ellas es superior a mí, puedo afirmar que, en aquello que tienen de verdadero, podemos suponer perfectamente que dependen de mí y en caso de que tales ideas no fueran verdaderas, podemos afirmar que proceden de la nada, es decir, de mis faltas o defectos, de mis imperfecciones.

Ahora bien, si examino la idea de un ser más perfecto que el mío (el ser sumamente perfecto, la sustancia infinita o Dios) debo concluir que es absurdo e imposible que tal idea proceda de la nada y de igual manera también es absurdo y repugna a la razón suponer que la idea de lo sumamente perfecto proceda de algo que es menos perfecto como es el caso de mi yo. Por tanto ni yo, ni la nada pueden ser la causa de la realidad objetiva contenida en esta idea de ser sumamente perfecto. Entonces, ¿qué realidad podría ser la causa de lo representado en la idea de Dios (es decir, de la realidad objetiva de la idea de Dios)? Únicamente un Ser infinito, una Sustancia infinita, pues sólo él es tan perfecto e infinito como el contenido que me representa la idea de Dios. Por tanto, Dios existe, pues él es la causa de mi idea de Dios.

En esta línea señala Descartes que las palabras clave en la descripción que hemos hecho de la realidad objetiva contenida en la idea de Dios son las de "sustancia infinita". Y si bien la idea de sustancia puede ser explicada o justificada desde el yo (que es una sustancia pensante), no ocurre lo mismo con la idea de infinito, pues ésta contiene una realidad objetiva tan densa y excelente que no se puede explicar desde la realidad finita del yo.

Pero en esto encontramos un aparente contrasentido: si no podemos explicar la idea de infinito desde el yo finito ¿cómo es posible que este yo finito conozca la idea de infinito?, ¿no estamos otorgando a este yo finito una capacidad de conocimiento infinita?. Ante esto Descartes no puede explicar la idea de infinito diciendo que es en realidad una idea negativa, la idea de lo no-finito, pues en tal caso la idea de infinito sería facticia, una idea elaborada por nuestra mente a partir de otras ideas, concretamente a partir de la idea de finito, y como tal idea facticia podría ser justificada desde el propio yo y sus ideas. Entonces, sigue abierta la cuestión que planteábamos: ¿cómo podemos conocer la idea de infinito? Para resolver este problema Descartes estableció una distinción entre entender y comprender, y afirmó que de Dios no podemos tener un conocimiento comprensivo, pues esto supondría una capacidad infinita por parte del que lo conoce; pero sí

podemos “entender” su idea, es decir, tener un conocimiento tal de ella que sea suficiente para captar su contenido y distinguirlo perfectamente de cualquier otro.

7.2. Prueba de la existencia de Dios como causa de mi existencia

Este segundo argumento para probar la existencia de Dios arranca también del yo pensante y tiene un carácter más bien ontológico, a diferencia del primero que sería gnoseológico.

Partimos de la evidencia del "pienso, luego soy". Descartes resumirá su segundo argumento en la frase "soy, luego Dios es".

En *El Discurso del método* se expone así el argumento:

Partimos del hecho de que conozco algunas perfecciones que yo no poseo (eternidad, omnisciencia, omnipotencia, etc.). Por eso, si yo existo solo y con independencia de cualquier otro ser, y me he dado a mí mismo las perfecciones que poseo (vida, inteligencia etc), también me habría dado del mismo modo esas otras perfecciones que conozco y no poseo (eternidad, omnisciencia, omnipotencia, etc.). De esta manera, sería eterno, omnisciente, omnipotente etc. Pero está claro que yo no tengo todas esas perfecciones y, por tanto, es preciso admitir que existe otro ser más perfecto que yo, del cual dependo y del que he adquirido todas las perfecciones que tengo.

“era necesariamente preciso que existiese otro ser más perfecto del cual dependiese y del que yo hubiese adquirido todo lo que tenía. Pues si hubiese existido solo y con independencia de todo otro ser, de suerte que hubiese tenido por mí mismo todo lo poco que participaba del ser perfecto, hubiese podido, por la misma razón, tener por mí mismo cuanto sabía que me faltaba y, de esta forma, ser infinito, eterno, inmutable, omnisciente, todopoderoso y, en fin, poseer todas las perfecciones que podía comprender que se daban en Dios”.

Tampoco cabe el recurso a mis padres o a cualesquiera otros seres menos perfectos que Dios, porque ninguno sería capaz de producirme como realidad pensante que tiene en su haber la idea del Dios omniperfecto. La conclusión es clara: Dios existe pues él es la causa de mi propia existencia como sustancia pensante que posee la idea de Dios.

7.3. El argumento ontológico

Tanto en el Discurso del método como en la quinta meditación desarrolla Descartes un tercer argumento sobre la existencia de Dios, el llamado argumento ontológico (expuesto ya por San Anselmo) que puede enunciarse como sigue:

- La idea de Dios es la de un ser sumamente perfecto
- Dicho ser ha de existir realmente y no sólo en mi pensamiento pues sería contradictorio concebir a un ser sumamente perfecto al que le faltase la existencia.
- Por tanto, Dios debe existir necesariamente, la esencia de Dios está inseparablemente unida a su existencia.

El desarrollo que hace Descartes de este argumento en el *Discurso del método* es el siguiente:

Para conocer la naturaleza de Dios, es decir, para captar la idea de Dios, en la medida en que me es posible, dada mi imperfección y finitud, lo único que debo hacer es considerar todas las cosas de las que poseo alguna idea y comprobar si tener estas cosas supone tener una perfección. Pues bien, todas las que implican perfección (bondad, sabiduría, omnipotencia...) están en Dios y las que implican imperfección (finitud, duda, dependencia...) no están en él.

Descartes hace en este momento una aclaración para explicar que en la idea de Dios no podemos incluir la composición de cuerpo y alma, porque toda composición supone que el compuesto depende de los elementos que lo forman. Es, por tanto, una imperfección y como tal no está incluida en la idea de Dios. Más bien debemos afirmar que, en caso de que existan cuerpos en el mundo o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fueran totalmente perfectas, su ser debe depender de su poder, de forma tal que tales naturalezas no podrían subsistir sin él ni un solo momento.

Una vez que hemos definido a Dios como el ser más perfecto (su idea contiene todas las perfecciones) podemos inferir de aquí, con la misma certeza y evidencia que tienen los razonamientos geométricos, que Dios debe existir, pues en la idea de Dios está contenida, como una perfección más, la existencia.

Compara Descartes esta demostración con las demostraciones de la geometría y así afirma que,

suponiendo que haya triángulos, podemos demostrar con total certeza, que sus tres ángulos son igual a dos rectos ya que esta propiedad se deduce de la noción misma de triángulo. Lo que nunca podremos demostrar a partir de la idea de triángulo es que los triángulos existen, pues la existencia no está contenida en la idea de triángulo. Pero en el caso de la idea de un Ser Perfecto, dice Descartes, encontramos que la existencia está comprendida en ella de igual forma que en la del triángulo está comprendida la de que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos o en la de una esfera que todas sus partes equidisten del centro, e incluso con mayor evidencia. Y, en consecuencia, es por lo menos tan cierto que Dios, el Ser Perfecto, es o existe como lo pueda ser cualquier demostración de la geometría.

La crítica que se suele dirigir al argumento ontológico es que la existencia no es una perfección. Las perfecciones son cualidades positivas que se incluyen en la esencia de las cosas y la existencia no es una cualidad que se incluya en la esencia de la cosa. Por eso, no podemos deducir la existencia de algo examinando únicamente la idea, el concepto o esencia de ese algo. Esta es la crítica que un siglo después dirigió Kant a este famoso argumento.

La demostración de la existencia de Dios es fundamental en el sistema cartesiano pues permitirá garantizar la aplicación del criterio de certeza y superar definitivamente las razones para dudar de todos nuestros conocimientos. Y ello hará posible demostrar la existencia de los cuerpos (la sustancia extensa)

A continuación pasamos a exponer estas dos importantísimas consecuencias de la demostración de la existencia de Dios.

7.4. La veracidad divina como garantía de la aplicación del criterio de certeza

Descartes considera que Dios y el alma son más fáciles de conocer que las cosas corpóreas. Afirma que las dudas de algunos hombres en torno a la existencia de Dios y del alma se deben al hecho de que su pensamiento está demasiado apegado a la sensibilidad y la imaginación. Están hasta tal punto habituados a no considerar cuestión alguna que no sean capaces de imaginar, que todo aquello que no es imaginable, les parece ininteligible. Esto es lo que ocurre con los escolásticos que afirman que todo lo que hay en nuestro entendimiento debe proceder de nuestros sentidos. Pero las ideas de Dios y del alma no se pueden captar a través de los sentidos, son ideas innatas, por eso no se pueden comprender desde ellos y los que desean emplear su imaginación para comprenderlas, hacen lo mismo que si quisieran servirse de sus ojos para oír los sonidos o sentir los olores. Descartes afirma, en contra de los empiristas y los escolásticos que ninguno de los sentidos, ni siquiera el sentido de la vista, puede asegurar la verdad de sus objetos y que ni nuestra imaginación ni nuestros sentidos podrían asegurarnos cosa alguna si nuestro entendimiento no interviniese.

Ciertamente, reconoce Descartes, tenemos una seguridad moral, es decir, meramente subjetiva, espontánea y natural en la existencia de los cuerpos y dudar de ellos resulta extravagante. Pero cuando, siguiendo la razón, buscamos no sólo una certeza subjetiva, sino también objetiva (certeza metafísica) comprobamos que la existencia de los cuerpos es dudosa y así se demostró durante el proceso de la duda metódica. Así, por ejemplo, en numerosas ocasiones hemos soñado que teníamos otro cuerpo, que vemos otros astros y otra tierra, sin que exista ninguno de tales seres. Y no podremos disipar esta duda, si no presuponemos la existencia de Dios.

¿Cómo disipar, entonces todas estas dudas en torno a la correspondencia de nuestras ideas con una supuesta realidad extramental? Es aquí donde interviene Dios y su veracidad. El criterio de verdad es la claridad y distinción, es decir, la evidencia. Ante una auténtica evidencia yo tengo que rendir mi asentimiento y rendirlo con certeza. Ahora bien, cabe que rinda mi asentimiento con **certeza subjetiva**, pero sin poder aspirar a considerar que mi **certeza** es también **objetiva** en el sentido de que se corresponde con la realidad extramental. Para poder afirmar esto último, es decir, para que esta regla (a saber: que lo concebido clara y distintamente es verdadero) sea válida, es preciso admitir que Dios existe, que es un ser perfecto y que todo lo que hay en nosotros procede de él. Pues si Dios existe y es perfecto, no puede engañarnos, pues engañar es una imperfección. Y, puesto que es el creador de todo cuanto hay en nosotros, las ideas claras y distintas que están en nosotros proceden de él y deben ser verdaderas.

La argumentación de Descartes de la validez del criterio de certeza tomando como base la existencia de Dios discurre de la siguiente manera: Las ideas claras y distintas tienen una cierta realidad y, por consiguiente tienen a Dios por autor. Pero por ser absolutamente perfecto, Dios es veraz y será, por tanto, autor de ideas verdaderas. ¿Y qué pasa con las ideas confusas y oscuras? Estas ideas imperfectas participan, por su imperfección de la nada y, por tanto, no proceden de Dios sino de nuestras propias imperfecciones.

7.5. La veracidad divina permite eliminar todos los motivos de duda

Admitida la existencia de nuestro yo y de Dios, quedan disipados los motivos de dudas y podemos aplicar tranquilamente el criterio de verdad. Cualquier cosa que podamos concebir con claridad y distinción se podrá afirmar como verdadera, tanto si estoy dormido como despierto. Así si durante el sueño se tuviese alguna idea clara y muy distinta como, por ejemplo, que algún geómetra lograra alguna nueva demostración, su sueño no impediría que fuese verdad. Pero, inversamente, si una idea no es clara y distinta no podrá juzgarse como verdadera.

Por eso, no porque algo se presente ante nuestros sentidos va a ser por ello verdadero: por ejemplo vemos el sol muy claramente pero no debemos juzgar por ello que posea el tamaño con que lo vemos, pues nuestra razón no nos presenta esta idea con claridad y distinción. Y lo mismo se puede decir respecto a la imaginación, pues fácilmente podemos imaginar con perfecta claridad una cabeza de león unida al cuerpo de una cabra sin que sea preciso concluir que exista en el mundo una quimera, pues la razón no nos dicta que lo que vemos o imaginamos de este modo, sea verdadero. Es la razón la que debe examinar cuidadosamente todas aquellas ideas que proceden de los sentidos (adventicias) y de la imaginación (facticias). Y lo que la razón nos dice respecto a estas ideas no es que todas ellas sean verdaderas, sino únicamente las claras y distintas que, por ser reales, han sido creadas por Dios.

Respecto al motivo de duda referente a las dificultades para distinguir sueño de vigilia, Descartes considera que la razón también nos dicta que lo que existe de verdad debe encontrarse infaliblemente en aquellos pensamientos que tenemos estando despiertos más bien que en los que tenemos mientras soñamos pues nuestros razonamientos no son jamás tan evidentes ni completos durante el sueño como durante la vigilia.

Por último nos queda señalar que es en este momento del desarrollo de su sistema filosófico, en el que los críticos de Descartes creen ver una falacia consistente en un argumento circular, el llamado círculo cartesiano. Según estas críticas la existencia de Dios es la garantía en la aplicación del criterio de certeza, criterio que considera como verdaderas aquellas ideas claras y distintas. Pero, a su vez, Descartes demuestra la existencia de Dios a partir de la idea de Dios, idea que se considera verdadera por ser percibida con claridad y distinción. Es decir, los argumentos cartesianos para probar la existencia de Dios ya dan como válido el criterio de certeza.

7.6. La explicación cartesiana del error

Si nos damos cuenta hasta aquí nos encontramos con dos cosas que están en aparente contradicción: la veracidad divina, y un hecho innegable, el hecho del error. ¿Cómo explica ahora Descartes el hecho de que en muchas ocasiones cometemos errores en nuestro conocimiento de las cosas?

Descartes va a apoyar su explicación del error en una interferencia entre entendimiento y voluntad, siendo la voluntad el centro de toda la teoría del error.

¿Cómo entiende Descartes la voluntad? La característica que más destaca de ella es su amplitud indefinida frente a la limitación del entendimiento. Tengo en mí la experiencia de una voluntad libre tan grande, que no puedo concebir ninguna mayor que la mía. Precisamente por esta infinitud de mi voluntad me reconozco como imagen de Dios. La finitud del entendimiento y la infinitud de la voluntad son los dos elementos que, al colisionar, van a dar lugar al error.

Y la colisión consiste en que a la voluntad no la contengo dentro de los mismos límites del entendimiento. Los límites del entendimiento están marcados por las ideas claras y distintas. El error está precisamente en que la voluntad lleva su asentimiento a ámbitos que están más allá del límite de las ideas claras y distintas. Así pues, la causa del error no está ni en la voluntad, ni en el entendimiento, sino en el hecho de que no contengo a aquella dentro de los límites de éste, dando mi asentimiento a ideas confusas. Por eso dice Descartes que cuando no percibo con claridad y distinción el único modo recto de proceder es abstenerse de juzgar y entonces no habrá error.

VIII. LA EXISTENCIA DE LAS COSAS CORPÓREAS Y SU CONOCIMIENTO.

Una vez que Descartes ha demostrado la existencia del yo pensante y la existencia de Dios, garante de la verdad, sólo le falta **demostrar la existencia de las cosas materiales**. He aquí el razonamiento de Descartes:

Encuentro en mí una serie de ideas que parecen provenir de nuestra experiencia exterior, las ideas adventicias (las ideas de hombre, de árbol, de los colores etc.). ¿Cuál es el origen de estas ideas?. Descartes argumenta que yo no puedo ser causa de tales ideas, puesto que muchas veces se han

presentado sin que yo contribuyera a ello, y a veces incluso en contra de mi voluntad. Es preciso que su causa se encuentre en otra sustancia que no sea yo. Tal sustancia será un cuerpo o Dios mismo. Mas como Dios me ha dado una poderosa inclinación a creer que estas ideas adventicias parten de las cosas corporales y Dios, por ser perfecto, no puede ser engañador, queda patente que son las cosas corporales las que provocan tales ideas. Podemos concluir que los cuerpos existen y lo sabemos porque ellos son la causa de mis ideas adventicias.

La materia no es otra cosa que el espacio, la extensión pura, que es el objeto de estudio de la geometría. La materia se reduce a la extensión en longitud, anchura y profundidad, con sus modos o cualidades primarias: la figura y del movimiento.

Podemos distinguir dos tipos de cualidades que percibimos en los cuerpos:

- 1. Las cualidades primarias** son cualidades que se pueden medir y cuantificar y, por ello, son percibidas con claridad y distinción: son la figura y el movimiento. Por ser percibidas con claridad y distinción puedo afirmar que son ideas verdaderas y que, por ello, son objetivas y se hallan realmente en los cuerpos. La figura y el movimiento pertenecen a la naturaleza o esencia de la sustancia corpórea y son modos de la extensión o magnitud.
- 2. Las cualidades secundarias** son cualidades que no caen bajo el ámbito de la medida y el orden. Son nuestras ideas de los colores o sonidos. Estas ideas no son claras y distintas y, por ello, no son verdaderas, no existen objetivamente. Son producidas por la acción mecánica de los cuerpos sobre nuestros sentidos y son, por tanto, subjetivas.

Un conocimiento cierto, una sabiduría o ciencia de los cuerpos sólo puede tratar de las cualidades primarias: las figuras, que es el objeto de la geometría, y el movimiento, objeto de la mecánica.

La física de Descartes es mecanicista, es decir, Descartes no admite más elementos para explicar los fenómenos físicos y sus relaciones que la materia y el movimiento. Todos los cuerpos son mecanismos. Para poder definir con claridad el movimiento debemos considerarlo como una simple variación de posición, sin hacer referencia a ningún elemento dinámico interno al móvil, a ninguna idea de esfuerzo, tendencia o acción, que Descartes rechaza por oscuras e incomprensibles.

IX. SUSTANCIA, MODOS Y ATRIBUTOS.

9.1. Definición de sustancia y tipos de sustancia

Llegados a este punto en la exposición de la filosofía cartesiana, comprobamos que Descartes admite la existencia de tres sustancias, cuya verdad se ha establecido en este orden: la sustancia pensante (el yo o alma), la sustancia infinita o Dios y, por último, la sustancia extensa o los cuerpos. Debemos ahora hacer referencia a la teoría cartesiana de las sustancias.

El término latino "substantia" significa "el estar debajo de" y "Lo que está debajo de", suponiendo que la sustancia está debajo de (es el soporte de) cualidades o accidentes. Así las cualidades o accidentes pueden variar mientras las sustancias permanecen».

En autores como Descartes hay resonancias importantes de la concepción escolástica de la sustancia, y la define destacando su autonomía e independencia, aunque las destaque de un modo, por así decirlo, negativo: **sustancia es aquello que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir.**

Si tomamos esta definición en sentido literal es evidente que sólo podría existir una sustancia: la sustancia infinita (Dios), ya que los seres finitos, pensantes y extensos o corpóreos, son creados y conservados por El. Ahora bien, el yo y los cuerpos pueden ser llamados sustancias en tanto que no necesitan la una de la otra para existir. Esta independencia mutua entre la sustancia extensa y la pensante se demuestra en la claridad y distinción con que el entendimiento percibe la existencia independiente de ambas. Y, puesto que ambas tan sólo necesitan del concurso de Dios para existir, por analogía pueden ser llamadas también sustancias.

Resumiendo, por tanto, existen para Descartes tres sustancias:

- 1.** La sustancia infinita o Dios. Es la única sustancia en sentido propio.
- 2.** La sustancia pensante o yo (alma) es sustancia por analogía con Dios, pues aunque no sea totalmente independiente (necesita de Dios para, existir), sí que es independiente de la otra sustancia creada, la sustancia extensa.
- 3.** La sustancia extensa o los cuerpos, es sustancia en el mismo sentido que la sustancia pensante, esto es, por analogía.

9.2. Los atributos y los modos de las sustancias

Ahora bien, lo que percibimos no son sustancias como tales, sino atributos de sustancias. Y en la medida en que esos atributos están arraigados en diferentes sustancias y los manifiestan, nos ofrecen conocimiento de las sustancias. Pero no todos los atributos están en pie de igualdad. " Porque hay siempre una propiedad principal de la sustancia que constituye la naturaleza o esencia de ésta, y de la que dependen todas las demás" (Principios de Filosofía). Seguidamente, Descartes procedió a asignar a cada especie de sustancia un atributo principal, que identificó en seguida, para todos los efectos prácticos, con la sustancia misma, y que permitía su conocimiento.

- El atributo esencial de la sustancia infinita (Dios) es la infinitud, entendida como total perfección.
- El atributo esencial o principal de la sustancia espiritual o alma es el pensamiento,
- El de la sustancia corpórea es la extensión, entendida ésta en longitud, anchura y profundidad.

Descartes habla también de modos, que son modificaciones variables de la sustancia y necesitan de ésta para existir. Así, la figura y el movimiento son modos de la sustancia extensa y la imaginación, el sentimiento, las ideas etc. son modos de la sustancia pensante. La sustancia infinita, por ser totalmente perfecta, no experimenta variaciones ni modificaciones, en ella no hay, por tanto, modos.

X. RELACIÓN DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA CON OTRA POSICIÓN FILOSÓFICA: PLATÓN

Vamos a relacionar tanto la teoría del conocimiento (epistemología) de estos dos autores, como su metafísica y su antropología.

A nivel epistemológico, es notable la cercanía de posiciones entre ambos filósofos.

En primer lugar tanto Platón como Descartes coinciden en **luchar contra el escepticismo y el relativismo**, aquellas posturas filosóficas que niegan la existencia o la incognoscibilidad de la verdad. Así, el filósofo griego se enfrenta al relativismo de los sofistas que considera que no existen verdades absolutas. En la misma línea, Descartes busca refutar el escepticismo de autores como Montaigne que sostiene que el ser humano no puede conocer la verdad.

Aunque el racionalismo es una corriente filosófica que se inicia en el siglo XVII con Descartes, la valoración de la razón como origen legítimo del auténtico conocimiento, así como el optimismo y la confianza en las posibilidades de conocer lo real a través de nuestra razón, es una actitud que encontramos ya tanto en Parménides como en Platón. En efecto, Platón y Descartes **comparten una actitud claramente racionalista** que ve en la razón, y no en los sentidos, la principal fuente de nuestro conocimiento de la realidad.

Platón distinguió entre la opinión (doxa) y la ciencia (episteme). La primera tiene por objeto el mundo sensible y no es auténtico conocimiento. La episteme, en cambio, se dirige al ámbito inteligible, a las Ideas, y sí constituye auténtico conocimiento.

En Descartes encontramos la misma postura respecto a la razón y los sentidos. Al intentar reconstruir todo el edificio del saber, Descartes busca una verdad absolutamente indudable que sirva de fundamento a todo el sistema de las ciencias. Para encontrar esta verdad comienza examinando todos nuestros conocimientos y sometiéndolos a un riguroso procedimiento de duda y el primer motivo de duda lo constituyó la desconfianza hacia nuestros sentidos, pues en alguna ocasión nos han engañado y no es prudente fiarse de ellos. El verdadero conocimiento procederá, por tanto de la razón y no de los sentidos.

Esta postura de desconfianza hacia los sentidos lleva a ambos autores hacia la defensa de un **innatismo** del conocimiento. En el caso de Platón, encontramos este innatismo en su teoría de la reminiscencia: el alma conoció en una existencia anterior las Ideas, al nacer olvidó dicho conocimiento y, en el transcurso de la vida, al tomar contacto con las cosas, que imitan a las Ideas, vamos recordando ese conocimiento olvidado. Según esto, conocer es recordar. Descartes, en cambio defiende otro tipo de innatismo, pues considera que la razón posee por su propia naturaleza una serie de ideas que no son producto ni de la imaginación, ni de los datos sensibles, tales ideas son las ideas innatas y ellas constituirán el punto de partida de los razonamientos cartesianos.

Como racionalistas que son, los dos consideraron la **importancia de las matemáticas** dentro del conocimiento. En el caso de Platón, el pensamiento matemático es un pensamiento discursivo (dianoia) que tiene por objeto las Ideas matemáticas, y es uno de los grados de conocimiento que distingue Platón dentro del ámbito inteligible. Descartes, por su parte, se inspira en la geometría y

el álgebra para elaborar su método, y considera que entre todas las ciencias de su tiempo, sólo las matemáticas destacan por la claridad y evidencia de sus razonamientos.

En cuanto al método, tanto la dialéctica como el método cartesiano tiene aspectos en común: los dos se componen de un doble movimiento que va de lo simple a lo complejo y de lo complejo a lo simple: en Platón de la multiplicidad de Ideas a la Idea de Bien y viceversa; y en **Descartes** de las ideas complejas a las simples (análisis), y de las simples a las complejas (síntesis). Así, en los dos pensadores el método es tanto intuitivo como deductivo, y se prescinde completamente de la experiencia.

La principal diferencia entre ambos autores a nivel de teoría del conocimiento la encontramos en su **distinta concepción del objeto del conocimiento: las ideas**.

Platón considera que las Ideas son realidades eternas, absolutas subsistentes, existen con independencia del sujeto que las conoce y el conocimiento verdadero recae directamente sobre ellas: conocemos las Ideas, la verdadera realidad.

En cambio, Descartes considera que las ideas son formas de pensamiento, son contenidos del cógito y no realidades independientes del sujeto. El conocimiento, para Descartes, es primeramente conocimiento de ideas, de contenidos mentales y no de realidades. Por eso, en Descartes surge el problema de cómo podemos garantizar que nuestras ideas se corresponden con realidades extramentales. Esta postura que inaugura Descartes dentro de la historia de la filosofía recibe el nombre de **Idealismo**, y es opuesta al **realismo** anterior, para el cual conocemos la realidad tal cual es (postura de Platón).

A nivel metafísico, la gran diferencia que encontramos entre ambos autores es la noción central de sus respectivas teorías acerca de lo real: en el caso de Platón es “la Idea”, en el de Descartes “la sustancia”.

Ya hemos dicho que para Platón **las Ideas** son realidades eternas, absolutas subsistentes, y debemos añadir que constituyen la esencia de las cosas sensibles, es decir, son aquello que hace que las cosas sensibles sean lo que son.

Descartes no habla de esencias, sino de **sustancias**. En su concepción de la sustancia hay resonancias importantes de la concepción escolástica de la sustancia, y la define destacando su autonomía e independencia: sustancia es aquello que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir. Y distingue Descartes tres sustancias: la sustancia infinita (Dios), la sustancia pensante (mentes) y la sustancia extensa (cuerpos). Tomando la definición en sentido literal sólo podría existir una sustancia: la sustancia infinita. Ahora bien, como la sustancia pensante y la sustancia extensa tan sólo necesitan del concurso de Dios para existir, por analogía pueden ser llamadas también sustancias.

A nivel antropológico, ambos defienden un **dualismo** y conciben al hombre constituido de dos “mitades” absolutamente heterogéneas, alma y cuerpo, y para ambos, el alma es el lugar donde “reside” el auténtico “yo”.

Pero **difieren en su manera de concebir el alma**. En el caso de Platón, siguiendo a toda la tradición griega anterior, el alma se considera principio vital, es el principio que da la vida al cuerpo y, por tanto, todos los seres vivos poseen alma. En el hombre se pueden distinguir tres almas o tres partes del alma: la racional, la irascible y la concupiscible, siendo el alma racional lo que nos distingue de otros animales.

En Descartes, en cambio, desaparece esta vieja concepción del alma como principio vital. Por eso, los animales se equiparan a simples máquinas y ya no son considerados como seres dotados de un alma. El alma es exclusiva de los seres humanos y se define como “sustancia pensante”, cuyo atributo principal es el pensamiento. Tampoco se distinguen partes en ella, sino, en todo caso, facultades diferentes (entendimiento, voluntad...) que se consideran modificaciones variables del atributo principal, el pensamiento.

Como conclusión ambos filósofos consideran que **su pensamiento tiene un propósito reformador**: Platón busca crear una República justa e ideal en la que el filósofo tiene que ser educado en la verdad. Y en la misma línea Descartes persigue reconstruir todo el edificio del saber de su época. Reformar, cambiar, mejorar la situación que les tocó vivir, se presenta como un objetivo primordial de sus sistemas filosóficos.

XI. RELACIÓN DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA CON OTRA POSICIÓN FILOSÓFICA: EL EMPIRISMO DE DAVID HUME

En la contextualización ya hemos hablado de la relación entre el racionalismo y el empirismo, vamos ahora a relacionar la filosofía de Descartes con la del autor que llevará el empirismo hasta

sus últimas consecuencias: David Hume. Hume denuncia a la metafísica como falso saber y fuente de creencias sin fundamento que, en gran medida, fueron las causantes de las guerras y persecuciones habidas en la Europa de los siglos XVI y XVII.

Al igual que Descartes, el propósito de Hume fue construir el sistema completo de las ciencias. Como requisito previo será imprescindible analizar la naturaleza humana, pues las cuestiones tratadas por las demás ciencias surgen del estudio del hombre. Esta ciencia del ser humano debe fundamentarse en la experiencia y en la observación y su objetivo será analizar el alcance y los límites de nuestro entendimiento.

Hume emprende una crítica radical a los principales conceptos metafísicos, especialmente al concepto de sustancia y al uso que Descartes hizo de él. Así, Hume critica la idea de sustancia en general y las ideas de sustancia extensa, pensante e infinita en concreto. Las herramientas que utiliza para esta crítica son su principio de la copia y su análisis del principio de causalidad.

El principio de la copia

Hume adopta, al igual que Descartes una postura idealista y comienza analizando los contenidos de nuestra mente. Así, la única entidad que admite Hume son las percepciones de la mente humana, que pueden ser de dos clases:

1. Impresiones: son percepciones vivas e intensas, poseen mayor vivacidad que las ideas. Las impresiones pueden ser de dos clases:
 - a. impresiones de sensación: son las impresiones que forman nuestra experiencia externa, son las sensaciones (olores, sonidos, colores etc.).
 - b. impresiones de reflexión: son las impresiones que forman nuestra experiencia interna. Son las pasiones y emociones (placer, dolor, agrado etc.).
2. Ideas: son percepciones débiles que consisten en copias o recuerdos de impresiones anteriores. Por ser copias de éstas son menos vivas y más borrosas.

Tanto las ideas como las impresiones pueden ser simples o complejas. Serán simples si no se pueden descomponer en otras más elementales, y serán complejas cuando se puedan descomponer o analizar en varias percepciones simples. La imaginación es la facultad encargada de combinar las ideas simples para formar ideas complejas y al combinarlas sigue unas determinadas leyes de asociación: Ley de semejanza (nuestra imaginación tiende a asociar ideas semejantes, por ejemplo al formar conceptos universales); la ley de contigüidad espacio-temporal (se asocian y relacionan las ideas de impresiones que aparecen próximas en el espacio y/o en el tiempo); la ley de causa-efecto (que veremos más adelante)

Pues bien, para Hume toda idea se deriva, en último término, de alguna impresión de la cual es copia: en el caso de las ideas simples, cada idea simple se corresponde directamente con una impresión y en el caso de ideas complejas, será cada una de las ideas simples de las cuales se compone las que se correspondan con una impresión. Este es el llamado Principio de la copia.

Las implicaciones del principio de la copia son las siguientes:

- Expresa el empirismo de Hume, pues decir que todos nuestros conceptos, conocimientos e ideas deben tener su origen en la experiencia es, en términos de la filosofía de Hume, afirmar que todas nuestras ideas deben ser copia de una impresión. Aquí encontramos ya una postura radicalmente opuesta al racionalismo, pues se valora la experiencia como origen de nuestro conocimiento y se niega la teoría de las ideas innatas.
- Este principio servirá a Hume para saber si un término posee significado o carece de sentido. Poseerá significado si la idea expresada a través de ese término es copia de una impresión. En caso de que no sea así, será un término sin sentido. Y esto es lo que, según Hume, ocurre con los términos metafísicos, pues las ideas que se supone expresan estos términos no son verdaderas ideas al no derivar de ninguna impresión. Con esto se limita el alcance de nuestro conocimiento, pues no podemos conocer lo que supuestamente está más allá de la experiencia.

Análisis del principio de causalidad

El principio de causalidad establece una conexión necesaria entre dos fenómenos: la causa y el efecto. Esto quiere decir que estamos convencidos de que el fenómeno que tomamos por causa va a producir necesariamente un determinado fenómeno y no otro, al cual consideraremos el efecto.

La crítica de Hume al principio de causalidad consiste en aplicar “el principio de la copia” a la idea de “conexión necesaria”: ¿de qué impresión deriva esta idea de “conexión necesaria”?

Para Hume, cuando observamos lo que se suele denominar una relación causal entre dos fenómenos (p.e. poner la leche al fuego y que la leche se caliente) lo único que nos muestra la

experiencia es una contigüidad espacio- temporal entre las impresiones de los dos fenómenos, pero en ningún caso tenemos impresión alguna de la cual podamos derivar como copia suya la idea de conexión necesaria.

¿De dónde surge entonces la creencia en el principio de causalidad, es decir, en la existencia de conexiones necesarias entre causas y efectos?. Hume considera que la reiterada aparición de las impresiones de dos fenómenos en una contigüidad espacio-temporal es lo que nos lleva a llamar al primero causa y al segundo efecto. Y el hábito o la costumbre de observarlos en esa contigüidad es lo que produce en nosotros la creencia de que cada vez que aparezca la impresión del primer fenómeno aparecerá necesariamente la del segundo. Por tanto, la creencia en la conexión necesaria entre la supuesta causa y el supuesto efecto procede del hábito o la costumbre, y éstos no son principios racionales productores de conocimiento, tan sólo producen creencia.

Según el análisis anterior, del hábito de haber observado en el pasado que a la impresión de un fenómeno "x" seguía la impresión de un fenómeno "y" surge la creencia de que entre ambos se da un nexo causal necesario.

Las conclusiones que podemos sacar de este análisis son:

1. los nexos causales sólo se podrán establecer entre impresiones pero nunca entre una impresión y algo de lo que nunca hayamos tenido impresión.
2. El nexo causal que establecemos entre dos impresiones no es una conexión necesaria que nos permita conocer de antemano qué efecto se va a seguir a partir de una determinada causa. La relación causal que nos lleva a inferir los efectos a partir de las causas es sólo una creencia

La primera conclusión tiene como consecuencia importante limitar el alcance de nuestro conocimiento reduciéndolo exclusivamente a aquello de lo que tenemos impresión. La segunda conclusión tiene como consecuencia importante limitar la certeza de nuestro conocimiento de manera que, las leyes científicas, basadas en el principio de causalidad, son sólo probables. Y ello porque las relaciones causales que establecemos entre impresiones son sólo objeto de una creencia probable y no de un conocimiento absolutamente cierto.

Estamos ya en condiciones de exponer la crítica de Hume a la idea de sustancia y a los tres tipos de sustancia que distinguió Descartes.

Crítica a la idea de sustancia en general

La sustancia fue definida como aquello que subsiste por sí mismo con independencia de los accidentes. Hume aplicará a esta idea "el principio de la copia". ¿Tenemos alguna impresión de la que derive (de la que sea copia) la tal idea de sustancia?. La respuesta de Hume será negativa y, por tanto, el término sustancia carece de sentido: no se refiere a nada oculto tras los accidentes, pues ninguna impresión tenemos de ese ser oculto. Lo que llamamos "sustancia" es, para Hume, una colección de impresiones variadas unidas por la imaginación.

Crítica a la idea de sustancia extensa

Sólo tenemos conocimiento de nuestras impresiones y de las ideas derivadas de ellas. No obstante, se suele inferir la existencia de los cuerpos materiales afirmando que ellos son la causa de nuestras impresiones.

Tal inferencia es incorrecta pues sólo podemos unir mediante nexo causal unas impresiones con otras, y no impresiones con algo que no son impresiones (los cuerpos materiales).

Crítica a las demostraciones de la existencia de Dios (sustancia infinita)

No es posible demostrar la existencia de Dios por dos razones.

1. Sólo conocemos nuestras impresiones y las ideas que se derivan de ellas, si Dios se concibe como una cosa en sí, una sustancia independiente de nuestras impresiones, de él no puede haber conocimiento.
2. Si intentamos demostrar que Dios existe como causa del orden de la naturaleza y de las cosas materiales etc., tal demostración no es válida pues estamos estableciendo un nexo causal entre cosas que no son impresiones: Dios por un lado y la naturaleza o las cosas por otro.

Crítica a la idea del yo o sustancia pensante

La idea de yo como algo simple que permanece idéntico a lo largo del tiempo no es una verdadera idea pues ¿de qué impresión deriva o es copia?. Si una impresión diera lugar a la idea de yo, tal impresión debería ser invariablemente la misma a lo largo de toda nuestra vida, pues así es como concebimos al yo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable.

¿Cómo surge entonces esa idea ficticia de yo? La memoria trae a nosotros imágenes de percepciones pasadas, y la imaginación asocia unas imágenes con otras formando una cadena ininterrumpida que produce en nosotros la ficción de que existe un objeto continuo y persistente, idéntico a través del tiempo y que subyace a todo ese conjunto de percepciones: el yo.

El yo es para Hume, en realidad, un haz o colección de percepciones distintas e interrumpidas.

Las conclusiones que podemos sacar de la teoría del conocimiento de Hume son las siguientes

- **Hume defiende un fenomenismo:** Sólo podemos conocer fenómenos (las cosas tal y como se nos presentan) y no las cosas tal y como son en sí mismas. En el caso de Hume sólo conocemos nuestras impresiones y las ideas que de ellas se derivan.
- **Defiende un cierto escepticismo.** No podemos alcanzar un conocimiento absolutamente verdadero acerca de nada pues sólo conocemos nuestras propias percepciones y estas tienen sólo un valor subjetivo, nunca objetivo (no sabemos si representan o se corresponden con algo real).
- **Es relativista:** No hay verdades objetivas y comunes a todos los hombres, cada individuo tiene acceso sólo a sus propias percepciones.

Esta pesimismo de Hume respecto a nuestro conocimiento tiene como objetivo último limitar las aspiraciones desmesuradas de la ciencia y de filosofías tales como el racionalismo, así como combatir el dogmatismo propio de la metafísica.

Sin embargo, también considera que las insuficiencias de nuestra razón son suplidas por nuestra propia naturaleza y el sentido común que nos proporcionan las creencias necesarias para guiarnos en la vida cotidiana.

XII. ACTUALIDAD Y VIGENCIA DEL PENSAMIENTO CARTESIANO.

Aunque muchas de las corrientes actuales del pensamiento se enfrentan a los planteamientos cartesianos, no deja de ser un pensador de actualidad por las innumerables aportaciones realizadas en casi todos los ámbitos del saber: matemáticas, física, psicología, filosofía... Veremos algunas de estas aportaciones.

LA ACTITUD DE DESCARTES

Lo primero que debemos destacar de Descartes es su actitud intelectual general: la libertad de examen, la negación del principio de autoridad, la confianza en la razón, que constituyen rasgos característicos del pensamiento de nuestros días .

En la Edad Media, en vez de investigar libremente en el gran texto de la naturaleza cada cual se formaba una concepción del mundo tomándola de Platón o de Aristóteles, tal como éstos fueron cristianizados por San Agustín y Santo Tomás. Pues bien, Descartes se propone llevar a cabo esta grandiosa revolución: desechar todo el presunto conocimiento adquirido, y encontrar por sí mismo, sin otro auxilio que la luz de su inteligencia, todo el sistema de la filosofía. Frente a la actitud dogmática y autoritaria asienta este principio: sólo debemos tomar como verdadero aquello que nuestra razón descubre y reconoce como tal en virtud de aparecer como evidente al intelecto.

LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA

1. FÍSICA Y MATEMÁTICAS

La mayor aportación de Descartes en el campo de la matemática fue el desarrollo de una nueva disciplina matemática: la geometría analítica. La geometría analítica es esa rama de las matemáticas en la que puntos y líneas y relaciones están representados por números y relaciones algebraicas, usando el sistema que ahora llamamos coordenadas cartesianas. Parte de sus ideas habían sido ya formuladas, pero la aportación de Descartes fue un enfoque sistemático para resolver problemas geométricos con métodos algebraicos, y mientras trabajaba en ello mejoró notablemente el álgebra de sus tiempo introduciendo la notación que utilizamos actualmente: las últimas letras del abecedario para designar cantidades desconocidas y las primeras para las conocidas.

Como si no fuese suficiente unificar el álgebra con la geometría, Descartes logró que también la física estuviese en el mismo barco. Si las leyes de la física podían representarse geoméricamente, y las relaciones geométricas podían ser expresadas algebraicamente, entonces también la física podían ser formulada en términos algebraicos. Hoy es tan obvio que las leyes de la física pueden ser ecuaciones, que olvidamos el salto intelectual necesario para concebir tal cosa. Otro gran paso

de Descartes fue redefinir el campo de las matemáticas. En el Discurso del Método él mismo nos lo explica: las matemáticas como tales no se refieren a ningún caso específico (figuras, números, movimientos...), sino solamente a la relación más abstracta que se puede encontrar entre cualesquiera objetos. De manera que geometría, álgebra y física no son más que matemáticas aplicadas.

En física, formuló (antes que Galileo) el principio de inercia y en óptica se le debe la teoría corpuscular de la luz y las leyes de la refracción.

2. LA LINGÜÍSTICA

La noción de ideas innatas se proyecta hasta nuestra época actual y ha aparecido en las teorías lingüísticas de Noam Chomsky.

La Gramática Generativo-Transformacional de Chomsky supone que todos los hombres poseen de forma innata y como consecuencia de la evolución unas estructuras lingüísticas comunes a todas las lenguas (universales lingüísticos), y que se sitúan en la estructura profunda del lenguaje. Del mismo modo que la naturaleza y la evolución nos han otorgado capacidades perceptivas innatas, como la visión tridimensional, también nos han otorgado disposiciones lingüísticas innatas. La estructura sujeto-predicado es un ejemplo de dichos universales. Se trata de una reformulación, desde una nueva óptica, de la teoría racionalista de las ideas innatas

LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

1. EL RACIONALISMO Y EL IDEALISMO

A Descartes se debe una nueva visión del sujeto del conocimiento. Los filósofos anteriores consideraron el mundo externo, lo objetivo, lo real como lo dado en primer lugar. A partir de Descartes será al revés, lo objetivo queda desplazado por el sujeto. Descartes parte del pensamiento en primer lugar, sin aceptar nada previo. Por ello, podemos considerar a Descartes como el iniciador del idealismo filosófico que culminará en el S. XIX con el idealismo absoluto de Hegel.

2. EL DUALISMO CARTESIANO Y LA FILOSOFÍA DE LA MENTE

Aunque la distinción entre la mente y el cuerpo en el pensamiento occidental puede ser rastreada desde los griegos, es en la obra de René Descartes donde encontramos la primera explicación sistemática de las relaciones entre la mente y el cuerpo. Al localizar el punto de contacto entre el alma y el cuerpo en la glándula pineal, Descartes había planteado la cuestión de las relaciones de la mente con el cerebro y el sistema nervioso. También se le considera el fundador de la teoría del reflejo por su explicación de la reacción automática del organismo ante determinados estímulos.

No obstante la teoría dualista ha sido criticada por casi todas las corrientes de la filosofía de la mente contemporánea: materialismo, conductismo y funcionalismo.

3. FENOMENOLOGÍA DE HUSSERL

A partir de Descartes, la filosofía occidental da un giro radical y tiende a convertirse en "filosofía de la conciencia". La fenomenología de Husserl también se puede considerar como una "filosofía de la conciencia", pero a condición de que se tenga en cuenta que el concepto de conciencia ha sido modificado: la conciencia, para Husserl, es siempre conciencia intencional. La intencionalidad es la estructura misma de la conciencia y consiste en la peculiaridad de hacer siempre referencia a alguna cosa, de ser siempre conciencia de algo, de llevar en sí misma su propio "cogitatum". La conciencia no es un ámbito vacío, sino una relación: relación a un objeto.